

A photograph of a child from behind, wearing a teal winter coat and a red and white patterned hat with a fur trim. The child's right arm is raised, reaching towards the sky. The background is a soft-focus scene of falling snow, creating a warm, golden glow.

Gold Books

A very
YA holiday

Rusty Fischer

Índice

Sinopsis

Historia 1

Historia 2

Historia 3

Historia 4

Historia 5

Créditos

Foro

Sinopsis:

Recopilación de historias navideñas cortas, hechas para el deleite de nuestros lectores de oro.

Esperemos y las disfruten, y sobre todo, que tengan una preciosa Navidad junto a sus seres queridos.

Son diferentes, pero tienen en común que cada una está ambientada en la ciudad Snowflake, Carolina del Sur.



Historia 1

Una Noche de Paz en Snowflake¹

Traducido por PrisAlvS

Corregido por Connie.J

Mamá está colgando la estrella en el árbol de Navidad cuando su teléfono celular empieza a ladrar.

Me escucharon bien, a ladrar. Sí, ella es una de “esas” personas; esas personas que piensan que la versión en ladridos de *12 Días de Navidad* no es solo linda, pero lo suficientemente linda como para usarla de tono de llamada casi desde el día después de Acción de Gracias hasta el día de San Valentín.

—Oh, cielo —dice ella con tono arrullador en su voz de solo-he-tomado-dos-copas-de-vino-antes-de-cenar, un pie descalzo se apoya precariamente sobre la inestable silla del comedor y el otro estaba en el aire mientras se inclina hacia el árbol—, ese probablemente es Derek. Puedes contestar y decirle que estoy... indispuesta... en este momento.

Ugh, odio cuando usa esas grandes palabras, no por mencionar la voz de “ven acá” que siempre adopta cuando hay un nuevo hombre en su vida. (Y, verdaderamente, ¿cuándo no hay uno?)

—Pero mamá —lloró, ignorando el teléfono que ladra por completo mientras me concentro en derretir malvaviscos en una olla con chocolate caliente—, es la víspera de Navidad. Dijiste que solo seríamos nosotras esta noche.

¹ Copo de nieve.



—Así era, cielo —dice decididamente, dejando la discusión completamente fuera mientras su corta falda amenaza con revelar sus partes íntimas—. Pero ahora Derek ha regresado de su viaje de ventas y es hora de que Mami tenga algo de diversión.

¿Qué, como si decorar el árbol con tu propia hija no fuese divertido? Quiero preguntar, pero no porque... ¿en serio? Si ella no lo entiende ahora, nunca lo hará.

—¿Hola? —digo, tomando su teléfono antes de que los 12 perros ladrando de Navidad pueda llegar a *Tres gallinas francesas* y me obligo a meterme la punta de un dulce roto en mi oreja.

—Hola Rio, es Derek. —El nuevo novio de Mamá habla muy familiar—. ¿Hace cuánto tú estás en casa?

Él dice “tú” al igual que Scrooge diría “Bah Tonterías”.

—Solo desde ayer —digo—. Mamá pasó por mí a la estación del autobús y estamos...

—Hey, escucha —dice después de haber soportado mi respuesta lo suficiente—. ¿Me puedes pasar a tu mamá?

Vi a mamá balancearse sobre la silla, la estrella sigue torcida, su falda sigue siendo muy corta y digo:

—Me dijo que te dijera que está “indispuesta” en este momento.

Él ríe con esa risa nasal que piensa que es atractiva y dice:

—Oh, amo cuando habla sucio. Esperaré...

Por supuesto que lo hará, pienso pero no lo digo.

—Bueno —digo, regresando a mi chocolate caliente en la pequeña cocina de mamá—. Puede tardarse un poco. De hecho estamos decorando el árbol justo ahora. Es como una tradición que mi papá empezó cuando yo era una niña. Todos tienen el árbol para cuando el fin

de semana de Acción de Gracias termina, pero papá siempre nos hacía esperar hasta la Víspera de Navidad. Solía volverme loca cuando era pequeña, pero... ahora que ya no está, como que lo espero. Así que estoy segura que puedes entender porque mamá y yo...

—¿Derek?! —chilla mamá desesperada, literalmente arrancando el teléfono de mi mano y girándose para darme la espalda para mostrar su decepción por mi mensaje—. No escuches a Rio. Te dije que se pone sensible en esta época del año. Dice que su padre “ya no está” como si hubiese muerto o algo, no que vive en las Vegas y gastando mi cheque de manutención cada mes. Entonces... ¿cuán pronto puedes llegar aquí? Solo tienes que ver este árbol, bebé. Compré una tira extra de luces y...

La voz de mamá se vuelve más y más suave mientras se va a su habitación con el teléfono, donde cierra la puerta como si fuera una adolescente cachonda y yo fuera la mamá que no debería escuchar tal conversación.

Miro a mi chocolate para dos, cocinar a fuego lento todo este chocolate, una burbujeante exquisitez, y apago el quemador con un decepcionado click de fatalidad.

Me giro hacia la acogedora sala de estar, apoyándome en la encimera de la cocina y ordenando mis pensamientos.

Ocasionalmente el sonido de la fuerte y gutural risa “sexy” de Mamá suena lo suficiente como para competir con la música navideña que resuena del DVD de Tule en la televisión.

Miró mientras la televisión barata parpadea.

Sabía que ella no podía hacerlo.

Sabía que ella no podía pasar una apestosa noche de Navidad sola conmigo.

Y asqueroso, la idea de pasar las próximas cinco horas viendo a Mamá y a Derek acurrucarse en el sofá, descalzos, piernas entrecruzadas, los ojos fijos mientras esperan a que me vaya a dormir para poder irse a su dormitorio y... bueno, solo... no.

De ninguna forma.

Miró por la puerta del frente, siento el frío aire y me pongo mis medias y botas de nieve antes de salir con mi abrigo de tres años para el invierno que tomé del armario en el corredor.

Escucho a Mamá reír en su habitación, revisando su joyero en busca de algo incluso más de puta para usar y dirigirse a mis cosas. Hay un sombrero nuevo, una bufanda y un conjunto de manoplas ahí, los vi mientras mamá intentaba encontrar la estrella, y las saco ahora antes de que ella pueda hacer algo. Son brillantes, de rojo vibrante con pequeñas cabezas de venados en blanco.

En la chimenea hay una tarjeta para mí de la Tía Hazel en Minnesota. Miró por sobre mi hombro, veo la puerta cerrada de la habitación de mamá y la deslizo en mi mochila antes de escribir una nota rápida para mamá en la pegajosa libreta por el teléfono:

“Disfruta tu noche romántica con Derek; estaré en casa después de que las festividades acaben. Con amor, ¡Tu Hija!”

Claro, es un poco sarcástica y muy pasiva-agresiva pero... ¿qué espera ella? Estoy segura de que lo discutirá con Derek mientras se acurrucan cerca del fuego falso de la televisión, ella dirá algo como: “Esa es parte de la razón por la que la envié a un internado en primer lugar.” Y él gruñirá: “Hey, bebé, ¿cuánto tiempo crees que tenemos antes de que regrese?”

Bufo y me deslizo fuera por la puerta en silencio, arrollo mi bufanda en mi cuello mientras me pongo los guantes mientras bajo las escaleras. Las calles están desiertas tan tarde en Víspera de Navidad, y con ningún

lugar a dónde ir busco la señalización más cercana. La encuentro en un parpadeante árbol de Navidad hecho de plástico al final de Snowflake, el único restaurante navideño de Carolina del Sur: Café Kringle.

No tengo intención de entrar en ese lugar olvidado por Dios, por supuesto, pero está justo en el centro del pueblo de Snowflake e incluso tan tarde en Noche Vieja parece ser un lugar cálido donde pasar las próximas horas odiando a Mamá y gastando el dinero de Navidad de la Tía. Empieza a nevar mientras rodeo la esquina de la Calle Crescent, pequeños copos que hacen que mi nariz cosquille y se aferran a mis cejas y hacen que me cubra más con el gorro.

El centro de Snowflake está conformado de cuatro manzanas de casas de jengibre, panaderías humeantes y pequeños cafés, todo entremezclado entre aceras impecables y viejas luces de calle con cajas de cristal negro y parpadeantes “velas” dentro.

Usualmente pienso que todo este pueblo es triplemente pegajoso, pero esta noche no es así, hace que mi corazón se caliente al caminar por este lugar en Víspera de Navidad, ¿sabes?

Escucho una puerta abrirse detrás de mí, una campana rompe el nevoso silencioso y luego la risa de una familia o amigos mientras salen de un auto en espera. Sonrío intentando recordar cómo suena la familia. Mis botas raspan en las impecables aceras.

El centro de Snowflake es como una tarjeta de Navidad, solo con luces parpadeantes y guirnaldas siempre verdes y el olor de las galletas de jengibre saliendo del Café Kringle.

Camino las cuatro manzanas, de ida y regreso, alrededor, difícilmente noto como una tienda después de otra cierra a mi paso. La mujer de la Tienda de Dulces de Snowflake me desea una “Feliz Navidad” incluso después de que casi le paso por encima y el viejo de Apretar y Aporrear de Snowflake (¡tranquilos, es una ferretería, pervertidos!) literalmente le da propina al sombrero de Santa de camino a su camioneta roja.

Camino con la cabeza baja, mis guantes metidos en los bolsillos de mi chaqueta. Camino con el sombrero sobre mis orejas y mi bufanda apretada en mi cuello. Camino hasta que mis botas ya no raspan por la nieve de las aceras y mi estómago empieza a retumbar.

Pienso en mamá y la olla llena de chocolate caliente en casa, en la champaña que estábamos guardando para medianoche, pero ella no dudará en beberla con Derek frente al árbol y levanto mi cabeza.

Como por arte de magia, estoy de pie frente al único local que sigue abierto en Snowflake a esta hora: Libros & Granos.

En la acogedora Librería/Cafetería un cálido fuego arde, estanterías de madera llenas de libros y restos de dulces de la estación esperan junto a variedades de ¡café caliente y fresco!

Zapateo para hacer correr mi circulación de nuevo y tomé la manija, justo cuando una figura aparece, las manos toman el letrero de “Abierto”.

—Lo lamento, señorita —dice una voz juvenil que suena vagamente familiar sin molestarse a mirarme—. Ya cerramos por la noche.

—¿En serio? —bufo y veo uñas mordidas mientras duda con el letrero—. ¡Está helado aquí fuera!

—¿Rio? —pregunta la voz llena de duda, deja caer el letrero y abre la puerta—. ¿Eres... tú?

Miro hacia arriba, espero hasta que el “Jingle Bells” de la puerta acabe de resonar en mi oído y sonrío.

—¿Jory? —suelto maravillándome por mi suerte.

Quiero decir, te pregunto: ¿quién más vaga hasta la puerta del único local abierto en el pueblo y la última persona que ella quiere ver, todo en el mismo lugar?

Jory me hace entrar y no puedo decir si él huele a canela o si todo el local lo hace. Cierra la puerta detrás de mí, gira el letrero de “Abierto” a “Cerrado” y se aleja, como si estuviera anhelando cerrar.

—Creí que estabas en la Academia Salsbury para Chicas Rebeldes. —
Sonríe y se inclina sobre el mostrador para apagar las luces.

—Lo estaba y... ¿qué haces?

Él mueve una mano para el gesto internacional de “ignora lo que hago” y dice:

—Nada, solo pensé en cerrar hace una hora, pero estos últimos minutos los compradores no me dejaban en paz. “¿Tienes este en pasta dura?” “¿No tendrás más de estos?” “¡Bueno, estaba aquí ayer!” Entonces... ya no quiero negociar, ¿sabes?

Bufo y miro por las ventanas desde el suelo hasta el techo, de hecho son más como paredes, a cada lado de la puerta de cristal.

—Y entonces... ¿Qué, planeas esconderte todo el tiempo que esté aquí?

Él bufa como siempre y dice:

—A quién le importa, mientras las luces estén apagadas y la puerta cerrada. De todas formas no se suponía que debía trabajar esta noche.

Libros y Granos es cálida y sofocante adentro, olor a canela y café y chocolate salen de la cafetería a mi derecha. Me muevo entre el lado de la librería y de la cafetería, insegura de por qué Jory me dejaría entrar después de lo que le hice.

Pero él lo hizo y ahora estoy aquí y él no debe odiarme tanto porque no está buscando un arma o algo detrás de la caja registradora. Y aunque así fuera, estoy tan hambrienta y anhelando una taza de café que puede que no me importe. Él me ve morder mi labio y mirar la repostería que se muestra y dice:

—Oh, ¿qué? ¿Me harás seguir trabajando?

Río para ocultar mi nerviosismo y lo sigo mientras arrastra sus pies en su adorable uniforme verde de Libros y Granos y suave sombrero de Santa.

—Solo un poco —digo quitándome la mochila y los guantes para buscar dentro.

La carta de Tía Hazel tiene los 20 dólares usuales. Sonrío y miró la tabla del menú.

Hay un millón de combinaciones diferentes entre las que escoger, desde moca con menta hasta Latte de calabaza y malteada de canela y sidra de manzana caliente con astillas de canela. No sé por dónde comenzar. Me encantaría una malteada de canela, pero esas mallas de chocolate coloreado son bastante atractivas. ¿Qué tal un Latte de calabaza? Pero no, eso es...

—Hey —digo cuando él desliza una gran taza roja con copos de nieve dibujados—. Ni siquiera he ordenado.

—Confía en mí —dice con conocimiento, levantando su propia taza a juego a sus pálidos y delgados labios—. Es el Especial de Snowflake; lo amarás.

Levanto la taza a mis labios, veo una delgada capa de crema batida con lo que parece ser canela y nuez moscada. ¡Hasta el momento todo bien! Lo pruebo y es... es... ¡cielo líquido!

—¿Eso es...? —empiezo.

—Dos partes de chocolate caliente y una parte de café caliente, mezcla de invierno. ¡Puedes agradecerme después!

Hay un taburete acolchado a mi derecha y yo solo como que me... derrito... en este, como el Especial de Snowflake se derrite en mi interior en un pegote de lo mejor.

Jory bufa satisfecho de haber tomado la decisión correcta y empieza a sacar algo de repostería, galletas y otros dulces, de la ventana debajo del mostrador. Él deja un plato lleno de estos entre nosotros y toma la galleta de jengibre más grande que he visto fuera de una caricatura infantil. Descansa en sus largos y pálidos dedos y sonrío.

—Solo tengo 20 dólares —confieso.

—¿Y qué? —gruñe, lanzando migajas en mi dirección.

Me encojo para protegerme y digo:

—Bueno, acabas de sacar como 200 dólares en mercancía.

Se encoge de hombros y acerca un poco más el plato, mirando mientras estudio los rollos de canela y calabaza.

—De todas formas mañana no abrimos —confiesa—. Y tengo que botar todo el 26, así que... o lo comemos ahora o algún mapache será muy feliz cuando revise el basurero más tarde.

Me encojo y tomo el rollo.

Está muy delicioso, ni me importa si no me deleito silenciosamente mientras lo trago en tres mordiscos.

—¿Muy hambrienta? —suelta él terminando su segunda galleta gigante, y rondando la tercera.

—Sí, bueno, se suponía que iba a cenar costillas y champaña con mi mamá esta noche, pero... ella hizo que su estúpido novio fuera y estaba tan enfada que me fui sin comer.

Él asiente mirando sobre mi hombro.

—¿Por qué crees que estoy trabajando en Noche Vieja? —Él como que se encoge de hombros después de tragar su galleta—. Papá llevó a su nueva familia en un crucero y me dejó para cuidar el fuerte aquí en Snowflake.

Miro el labio gigante de mi enorme taza y pregunto:

—¿Aún la llamas su “nueva” familia? Quiero decir, ¿no se volvió a casar hace como cinco años?

Sonríe y dice:

—Mírate. ¿No empezaron tu madre y Derek a salir hace como dos años?

—Uhm, no —lo corrijo—. Hace dos años para Navidad estaba saliendo con Willem. Y luego el año pasado era Crandall, así que Derek de hecho es “nuevo”, pero gracias por intentarlo.

—Como sea —gruñe, no sonríe ni frunce el ceño—. Solo digo; es complicado cuando tus padres se separan.

—Especialmente para las festividades —agrego mirando a la exquisita capa de nuez moscada y canela sobre la crema en mi sabrosa combinación de café.

Estoy por abrir la boca y agregar algo más cuando un golpe rompe el silencio del local.

—¡Dang! —decimos al mismo tiempo, regando Especial de Snowflake sobre el mostrador por el susto al sonido.

—Te lo dije, ¿no? —suelta saliendo de detrás de la barra y caminando hacia la puerta.

Jory mide como 1.90 metros y pesa como 80 kilogramos, lo cual hoy está cubierto por un color como de guirnalda y con rojo y blanco de una andrajosa camiseta de rugby.

—Estamos cerrados —lo escucho decir a través del cristal, luego una voz amortiguada desde el exterior dice algo que no entiendo, para lo que Jory contesta—: No, ella no es un cliente y no, no está abierto y no, eso no es un Especial de Snowflake en su mano.

Más murmullos y Jory dice:

—Buenas noches, Sra. Johnson. ¡Y Feliz Navidad para usted también!
¿Qué es qué? Bueno, eso no es muy navideño, ¿o sí?

Me estiro un poco para mirar por la ventada y veo a una mujer muy grande dando tumbos hacia su BMW mientras muestra su dedo del medio que está enguantado en cuero, mientras lanza un bolso Gucci sobre su hombro.

—Lindo —digo limpiando los restos de Especial de Snowflake con una servilleta cubierta de copos de nieve.

—¿Qué te diré? —dice impaciente junto a mí.

—¿Qué? —pregunto girándome para mirarlo—. ¿Me estás echando ahora?

—No —dice—. Es solo que, será más difícil para los clientes verte si... nos sentamos por la chimenea.

Sigo su mirada hacia una esquina apartada con tres sillas de cuero y una moderna mesa de café redonda cubierta con libros y revistas. Asiento y me encojo de hombros al mismo tiempo, sin querer parecer muy ansiosa y lo sigo.

Aún no puedo entender su juego.

Por derecho debería odiarme y aun así... aquí estoy, sigo aquí. ¿Me está engañando, atrayéndome a mi perdición antes de hacer una intervención sobre mí? ¿O genuinamente me ha perdonado por lo que le hice el año pasado?

Decido que es algo en medio, pero me recuerdo estar atenta por igual.

Nos sentamos frente al otro.



El fuego está bajo y hay un tipo de música sonando desde arriba. Espero hasta que el cuero de su silla deje de sonar mientras acomoda su gran cuerpo en la espaciosa silla y escucho más de cerca.

Es música navideña, baja y con un tono de jazz, pocas partes cantadas, mucho saxofón. Él parece notar que la escucho y empieza a levantar su enorme torso como si fuera una grúa que intenta alcanzar la parte de arriba de una construcción enorme en una ciudad.

—Puedo apagarla —dice dubitativo, meciéndose sobre su asiento como si realmente no quisiera—. El botón está detrás de la caja registradora.

—No —miento—. No queremos que nadie más te vea. Está bien.

Se sienta rápidamente, sonrío aliviado. Nos sentamos en silencio por un rato, balanceando las grandes tazas en nuestras rodillas.

Él se levanta y mueve los libros y revistas para tener más espacio y ambos nos inclinamos para dejar las tazas al mismo tiempo. Él se sonroja y se vuelve a sentar bien rápidamente. Sonríe, luego frunce el ceño, como si estuviera tan confundido sobre por qué estoy aquí como yo.

—Olvidé que tu padre era el dueño de este lugar —digo, acomodándome en la silla y hundiéndome en el suave y hondo cuero de la silla. Es grande y negra y de ensueño.

Se encoge de hombros y dice:

—Sí, bueno, no te recuerdo a ti o a las otras porristas pasando mucho tiempo aquí en el pasado.

Su voz tiene un filo y pienso: aquí viene. Bufo.

—Supongo que podría decir lo mismo sobre ti y el campo de fútbol, Jory.

Sonríe y dice:

—Touche.

Nos quedamos en un incómodo silencio y digo:

—¿Cómo está la Secundaria Snowflake últimamente?

—¿Qué? —responde sin responder—. ¿No te mantienes en contacto con Lacey y las otras chicas?

Me encojo de hombro, avergonzada de admitir que Jory es la primera persona de la Secundaria Snowflake con la que he hablado desde otoño, cuando mamá me envió al internado en Carolina del Norte.

—¿Cómo es? —pregunta, las piernas tan largas que sus rodillas casi tocan su gigantesca taza de café en la mesa redonda entre nosotros—. Quiero decir, ¿ir a la escuela lejos?

—Es solitario —admito—. Quiero decir, tengo nuevos amigos, pero... la mayoría han ido a la escuela juntos por siempre, así que...

Dejo caer la oración al notar que no le digo nada nuevo. Luego el silencio se estira sobre nosotros durante una canción de Navidad y la mitad de otra antes de aclararme la garganta y mirar hacia él.

—Lo lamento. —Suspiro, apenas tengo el valor para encontrarme sus grandes ojos—. Nunca fue mi intención herirte.

—No es a mí a quien heriste, Rio.

Asiento e intento creerle.

Quiero decir, tiene razón, por supuesto, pero es difícil no creer que no me odie después de todo por lo que lo hice pasar el año pasado.

La mayor parte de ese tiempo estaba borroso; el grupo con el que me relacionada, las drogas que consumíamos, la bebida, los chicos, los otros chicos, pero la única cosa que se queda conmigo es el rostro de Jory cuando salimos del baño de hombres del Ala C ese día. Él acababa de ver lo que había escrito sobre él, con mi propio brillo labial, justos después

de dos tragos del frasco de Lacey Hamilton en Home Ec. No estaba ebria cuando lo escribí, pero había tomado lo suficiente para que no me importara lo que podía hacerle a alguien más aparte de mí.

Dos de las porristas estaban con Jory en el 6° período y nos mandaron un mensaje a todas cuando Jory le pidió permiso al Sr. Clifford para ir al servicio. Todos salimos al corredor, ni los profesores se atrevían a detenernos, y esperamos mientras estaba dentro.

Salió dando tumbos sin color como un calamar muerto y me miró directamente.

No sé si sabía que yo lo había escrito o si yo era la única que no me reía de él en el pasillo en ese preciso momento. Él no lloraba, pero solo porque seguía en shock. El llanto llegó luego, en la oficina del orientador mientras ambos esperábamos a que nuestros padres aparecieran.

Él seguía preguntando: “¿Por qué, Rio? ¿Por qué tú y tus amigas me odian tanto?” Yo seguía diciendo: “No lo hacemos, Jory.” Pero lo que realmente quería decir era: “Yo no lo hago.”

Su papá no importaba mucho; dijo que si Jory no “pasara tanto tiempo en la librería”, si él “saliera un poco al aire libre” de vez en cuando, las personas “no harían suposiciones.”

Mi mamá estaba mortificada, principalmente porque había sido atrapada y por eso echada del equipo de porristas. Y el anuario y el periódico escolar y las olimpiadas de matemáticas.

No regresé a la escuela después de eso; no se me permitía ir a la escuela después de eso.

Por como parecía, Jory tampoco regresó.

—No sabes lo que pasa en la Secundaria Snowflake porque... ya no vas ahí, ¿no es así?

Él mira hacia afuera por debajo de la greña espesa y negra que se esconde debajo de su torcido sombrero de Santa y dice:

—Bingo.

—Oh por Dios —digo, me inclino hacia adelante y pongo una mano en su rodilla; estoy sorprendida porque no se aparta violentamente—. Lo lamento TANTO, Jordy.

—¿Por qué? —pregunta antes de que pueda continuar, provocando que me sienta aún más tonta—. Yo no. Me hiciste un favor, Rio. Ahora puedo estudiar en casa, trabajar a tiempo completo, he estado escribiendo. Acabó de publicar mi primer cuento en la revista Dark Matters, así que probablemente debería... agradecerte.

Él lo dice, pero no lo siente.

Claro, lo demás es en serio; la escuela en casa, el trabajo, el dinero en su bolsillo, el cuento y la revista, pero no la parte del “agradecimiento”. Eso no lo siente; no puede sentirlo.

—Eso es asombroso —digo esperando que suelte lo que falta—. Felicidades —agrego dubitativa cuando no lo hace.

Me inclino y tomo mi taza y la subo hacia él; él duda, luego choca la suya con la mía y toma un gran trago, una sonrisa satisfecha.

—Por los nuevos inicios —digo.

Sonríe y dice:

—¿Qué tal si empezamos con no envenenar los Especiales de Snowflake de cada uno, Rio, y continuamos de ahí?

Bufo y sorbo, y sorbo y bufo un poco más.

Me acomodo y digo:

—Sabes, cuando una chica nueva aparece en un internado, todos hablan. Nunca les dije por qué me transfirieron a medio año lectivo,



nunca supuse que tenía que hacerlo, pero ellos inventaron cosas de todos modos...

»Primero estaba embarazada. Luego, cuando no se me notó nada, había apuñalado al director. Me metí en unas cuantas peleas por eso, me dieron unos deméritos, demasiados como para unirme al equipo de porrismo, no como si las demás chicas me hubiesen apoyado.

Sus ojos se abrieron y cuando termino para respirar dice:

—¿En serio, Rio? ¿Se supone que debo sentir... pena... por ti?

Me detengo y digo, honestamente y en voz baja:

—No, Jory, para nada. Yo solo no sé por qué te lo dije en primer lugar. Supongo que solo quería que supieras que cambié nuestras vidas ese día.

—Esa es la cosa, Rio —dice bajando su taza—. No cambiaste mi vida; solo mi vida social.

—Quizás tu vida no necesitaba ser cambiada —digo en voz baja—. Quizás la mía sí.

Él sonríe y dice:

—Entonces estoy feliz de haber ayudado.

Reímos, pero necesito mirar mi rostro, principalmente mis ojos, y le pregunto si puedo usar el baño.

Cuando regreso espero que la mesa del café esté limpia, la comida guardada, el fuego muerto, la música de Navidad apagada, pero él sigue donde estaba, en silencio, mirándome cruzar la habitación. Es una mirada larga, que permanece; permanece sobre mi sudadera de pescador e incluso en mis *leggings* color café chocolate. Es la mirada que un chico le dedica a una chica cuando no quiere hacer nada más que mirarla. Cuando encuentro sus ojos no aparta la vista.

Se ven tan suaves y luminosos por la chimenea, sus rizos brillan y el casi fuego conjura sombras en larga y angulosa cara. Tiene un rastro de barba en su barbilla que se extiende a sus mejillas, pero no es a propósito; es más como que no se ha molestado en afeitarse últimamente.

Me siento, doblando las rodillas debajo de mí y digo:

—Creí que ya me habrías echado para ahora.

—Yo también —admite y ambos reímos.

—Bueno, me alegra que no lo hicieras —digo, solo para decir algo.

—Yo también.

Nos sentamos por un rato en silencio; solo... nos sentamos.

El fuego tiembla mientras chisporrotea y gime para su lenta muerte nocturna. Él bebe menos y menos de su café cada vez, finalmente la aparta para no poder tomarla más. Nos quedamos durante todo el villancico, Noche de Paz, y luego antes de que otro empiece dice:

—Deberíamos empezar de nuevo, Rio.

Asiento, pero no digo nada, me muerdo el labio esperanzada.

—Solo... empezar de cero —agrega—. ¿Sabes? Como si nada hubiese pasado entre nosotros.

Asiento un poco más.

—¿Seguro? —pregunto—. Quiero decir, ¿realmente puedes hacer eso?

Él se encoge de hombros indiferente y admite:

—Puedo si tú puedes.

—Yo puedo —suelto antes de que cambie de opinión.

—¿Por cuánto tiempo estarás en el pueblo? —pregunta esperanzado, se levanta un poco.

Sonrío, algo líquido se filtra en mi corazón.

—Hasta después de Año Nuevo.

Asiente.

—Entonces, gran trato. Si empezamos de nuevo y aún nos odiamos, entonces... te irás en una semana y no hay daño ni problema.

—¿Y si no nos odiamos? —pregunto.

—Entonces quizás podamos empezar de cero de nuevo.

Me sonrojo y digo:

—¿Por qué esa suena como la mejor idea de todas?

Es muy cursi y poco yo, ambos reímos.

Él se estira, los largos dedos buscando el techo. Entiendo la pista y empiezo a limpiar, él me deja. Se queda por detrás, apagando el fuego y las luces del local.

Estoy detrás de la barra del café, lavando las tazas y guardando las galletas y la repostería, regresando todo a su lugar. Aquí es acogedor, el fuego humeando y aún levemente rojo, las pupilas brillan en los grandes ojos de Jory, conjurando sombras en la parte blanca de su sombrero de Santa.

Se levanta, atrapa mi mirada y se sonroja para igualar el fuego. Siento mi propio rostro, caliente y avergonzado, pero también... orgulloso. Estoy orgullosa de estar aquí, de haber confesado, de tener un nuevo amigo. Y, ojalá para Año Nuevo, algo... más.

Terminamos al mismo tiempo, yo estoy incómoda por la puerta, él camina hacia mí con sus manos en la espalda. Tiene una expresión traviesa en el rostro.

—Aquí —dice ofreciéndome un paquete envuelto que parece, extrañamente, tener la forma de un libro.

Lo tomo lentamente preguntándome cuándo tuvo tiempo de comprarme algo mientras no estaba mirando, sin contar el envolverlo.

—Realmente no es nada —miento mientras lo abro.

(Nunca fui de abrir con cuidado, doblar el papel y guardarlo para la próxima Navidad.) Dentro hay un libro de tapa dura, el precio no tan sutilmente arrancado; se llama ¡*101 Cosas que Hacer en Vacaciones de Navidad!*

Bufo y lo apretó a mi corazón; realmente es el regalo más dulce que alguien me ha dado en años.

—Pero no te di nada —lloro, apretándome mientras él abre la puerta y finalmente deja que la Navidad entre en nuestra acogedora Noche de Paz en Snowflake.

—¿Estás bromeando? —suelta mirándome—. Pasaste toda la noche conmigo. Confesaste y dijiste... dijiste... que no me odiabas.

Me estiro y lo acerco, pongo mis cálidos labios en los suyos y no me alejo hasta que él finalmente jadeo.

—Ahí —digo—. ¡Feliz Navidad!

Él se sonroja y lame sus labios, se inclina y me besa con fuerza esta vez; su aliento como chocolate y café mientras me encuentro a mí misma con la espalda contra el cristal de la puerta. Lo aparto, aunque solo para tomar aire, y él ríe.

—He querido hacer eso desde el curso de orientación de primer año —admite tomando mi mano mientras camina hacia su auto.

—De verdad? —pregunto sin confesar lo mismo. No hablamos más hasta que llegamos a su auto. Él va a abrir la puerta del acompañante y digo—: Si no te importa, Jory, preferiría caminar.

—¿En serio? —pregunta cerrando la puerta rápidamente.

Asiento y meto el libro que me dio en mi mochila. La nieve aún cae, el pueblo sigue brillando bajo las 10000 luces de Navidad.

—Gracias por todo —digo, contenta de haber puesto el billete de 20 dólares bajo las tazas de café cuando terminé de limpiar para que él lo encontrara cuando abriera el local el 26—. Realmente fue una Navidad sorprendente.

Asiento y tiro de la bufanda sobre mis labios para no ser tentada de decir algo más. Él sonríe y se inclina para entrar.

Me quedo ahí, a medio camino entre querer correr hacia su auto y besarlo otra vez y apurarme a casa, saltándome todo el camino. Él se levanta, como si esperara verme esperando y dice:

—Nunca creí que te vería de nuevo.

Parpadeo y empiezo a soltar la bufanda para decir algo, para preguntar algo, pero para cuando mis labios están libres y duelen por el frío, él enciende el motor y se aleja por el estacionamiento para empleados, los neumáticos crujen con la nueva nieve.

Por mi vida, no puedo decir está aliviado o decepcionado de verme de nuevo.

Oh bueno, supongo que tengo el largo camino hasta casa para descifrarlo.



Historia 2

Botando a Dexter

Traducido por Isav, FerLG6 & Caro_02

Corregido por Connie.J

—¡¿Dexter Dempsey?!

La voz de Layla es algo poco menos de un chillido y algo más fuerte que un gemido mientras se retuerce en su silla Papa San, largas y oscuras piernas enterradas en nuevos pantalones de pijamas de muñecos de nieve que terminan justo antes de sus tobillos.

Ella está vistiendo una camisa manga larga con un brillante gorro de Santa en ella, un regalo de navidad, supongo, aunque no hemos tenido tiempo de comparar regalos de la forma que lo hacemos cada año.

La grande e hinchada almohada es azul real y ella está rodeada de todos los matices de un pavo real: Almohadas cuadradas verde reluciente, almohadas redondas azul claro, y un par de ambos estilos en dorado metálico.

Era todo rosado antes de navidad pero supongo que su madre se puso loca por el pavo real por las fiestas y lo decoró con cada almohada que Dockside Imports tenía en venta, o que alguna vez pensó tener. Ella debía tener cojines en cada regalo. Me pregunto a donde fueron todos los rosados. Se hubiesen visto bien en mi habitación.

Bate sus gruesas pestañas.



—Caracoles, Kira, ¿me voy una Navidad y me golpeas con esto el día que estoy de regreso? Ni siquiera puedo empezar a procesar que debió haber pasado por tu mente.

—He estado muriendo por contarle a alguien —admito, cogiendo una pieza peluda de azul pavo real sobre mis pantalones negros de yoga—. ¿A quién más iba a contarle? ¿Lisa? Tú sabes que ella nunca escucha...

Ella juega con el fleco verde esmeralda de una nueva almohada dorada. Es el 28 de diciembre y ella acaba de regresar de visitar a su padre, su verdadero padre, en Arizona.

No la he visto desde el día antes de salir de la escuela para las vacaciones de invierno y jamás desde nochebuena sus mensajes de texto se han reducido a menos de una docena al día. Eso es bajo desde el punto mas alto de 173 mensajes el primer día de su viaje.

Decir que la he extrañado es una subestimación, pero ahora es algo como... raro. Ella está sentada allá. Rodeada de todas sus almohadas de pavo real, y yo estoy en su cama, haciendo una gran confesión y... no lo sé.

Solo eran ocho días pero habían ocurrido muchas cosas en todo ese tiempo, por ella, por mí, es duro ponerse al día en una sesión de sinceridad. Es como si fuéramos extrañas de repente. Como si se hubiese ido mi mejor amiga y vuelto una... extraña.

—¡Pero... ¿Cómo? ¿Por qué? ¿En qué universo tú y Dexter Dempsey se juntaron?!

Me encojo dentro de la sudadera pixie rosada con capucha y pequeños bolsillos rojos.

—El entró en el local de batidos una noche antes de Navidad y... bueno...

Me lo imagino, entrando a través de la puerta principal, y tiemblo de solo pensar en eso.

Por primera vez, Layla baja sus almohadas.

—¿Y... bueno? ¿Y... bueno... qué? Estaba cupido al lado de él y te cargo con sus estúpidas flechas llenas de amor, si no, no lo entiendo.

Parpadeo dos veces para sacarme de ello.

—Yo tampoco —balbuceo, porque simplemente decir esas palabras en voz alta suenan extrañas para mí.

Ella aún espera una explicación, inclinándose hacia adelante, una almohada en regazo, ojos abiertos.

—Y... ¿entonces? Él ha entrado en la tienda de batidos una y millones de veces.

Él lo ha hecho. El chico es el demonio de los batidos. Ama el #2, el Banana Billy Buster, y siempre consigue una bomba doble de proteína, como si eso de alguna forma podría llenar su pecho de paloma y levantar sus hombros.

Me encojo de hombros un poco más porque no puedo explicarme. Dexter y yo, bueno, digamos que no corremos en el mismo círculo social. De hecho, iría un poco lejos decir que Dexter no tiene ni siquiera un círculo social.

Y aun, aquí estamos, hablando de él de la forma en que hemos hablado de alguno de nuestros chicos, los chicos con los que pasamos el rato y ocasionalmente salimos. Los geniales. Deportistas. Sementales. Buenotes.

Jugadores.

—Bueno... —Trago—. Veras... su madre le ha dado un regalo de navidad anticipado.

—Bueno, entonces, a menos que sea un trasplante de personalidad y, la eliminación de peca y un nuevo par de orejas, no estoy muy segura de cómo vamos de hacer un batido de Banana Billy Buster a coquetear con el durante todo el receso de Navidad.

—Bien, estoy llegando a eso. —Suspiro y trato de explicar—: Solo, escúchame, de acuerdo, porque sé que te gusta interrumpirme y...

—Yo no interrumpo —corrige ella, jugueteando con su gorro de esquí granete. Debe ser otro regalo de su papá de Arizona porque nunca lo había visto antes y lo sé porque es lo suficiente bonito para pedirlo prestado—. Solo te guio gentilmente a contar un mejor y más resumido relato, eso es todo.

Resoplamos y me siento un poco más cómoda con ella. Sonríe y sus ojos se arrugan, y digo:

—Bueno, honestamente, siento que te has ido tanto tiempo que me debes el tiempo que tomará contarte toda la historia, sin resumir.

Baja la mirada hacia la almohada en su regazo y luego la sube hacia mí. O, al menos, cerca mío.

—Te extrañé, también, ¿sabes? —dice ella suavemente, evitando mis ojos.

Trago un poco y asiento.

—Vale, bien, entonces sígueme la corriente porque, así que... de todos modos... —Suspiro, me sereno y comienzo—: Así que unos días después que el receso de invierno empezara, y el Sr. Foley le diera horas extras a esa bruja de Sarah Miles para reemplazarte mientras no estabas, y ella no es buena en apurarse así que cada noche, cuando esto disminuía, básicamente yo la enviaba al cuarto de disponible a hacer el inventario y... entra Dexter Dempsey.



Hace una mueca y levanto la mano para prevenir lo que sabemos que viene ahora: una interrupción.

—Prometiste que no interrumpirías.

Sacude la cabeza.

—No, no lo hice.

—Estaba implícito que no interrumpirías.

—No te estoy interrumpiendo, Kira. Tú te interrumpiste sola para recordarme que no interrumpiera, lo cual no iba a hacer de todas formas.

No puedo discutir con eso, por lo que continuo:

—Así que, estoy allí, en mi estúpido delantal naranja, y recuerdo que “*White Christmas*” estaba sonando en la mezcla de canciones de arriba, era algo dulce y pensé que tal vez era algo que a mi mamá habría gustado: sin palabras, algo llamativo, sabes, y las campanas de la puerta. Levanto la mirada, sonrisa fija, y es Dexter y como dije, su madre le había dado este... este... suéter.

—¿Un suéter?

—¡Layla!

—Lo siento, pero a menos que haya sido un suéter mágico...

Esta vez, yo la interrumpo.

—En cierto modo lo era. —Me senté más derecha con tan solo imaginarlo—. Era este suéter navideño, pero nada que a ti o a mi nos gustaría normalmente.

—Te refieres a, ¿un cuello de tortuga? O a esos de cierre como los que usa Brody Foster en práctica de coro porque hace mucho frío en el salón del señor Foster?

—No, nada cool como eso. Retro es la mejor manera en la que podría describirlo. Como algo que una mamá le daría a su hijo de 10 años en, digamos, 1972. Era más o menos blanco, tenía rayas rojas en las mangas, y en el pecho había una raya más gruesa, con un cursi reno saltando encima de ella y...

Ella hace una cara hinchada y pone sus dedos cerca de su cremoso y brillante brillo labial.

—Perdón, tendrás que parar porque estas almohadas son nuevas y si sigues vomitaré mis galletas navideñas encima de ellas.

—No, ya lo sé, ese es mi punto. Suena asqueroso y lo era. Pero era la manera en la que colgaba de él, como si... abrazara cada curva.

—Por favor. —Ahora mueve su mano en ese ademán sarcástico de “amiga” que hace—. La última vez que vi a Dexter Dempsey, no tenía ninguna curva. O ángulo, o músculos, o abdominales, o nada de lo anterior.

—Eso era lo que pensaba, pero... ahora sé mejor.

Sus ojos se hacen un poquito más grandes.

—¿Que tan mejor?

Me rio.

—Solo digamos que, no tanto como él quisiera pero mucho mejor que antes de vacaciones de Navidad, eso tenlo por seguro.

—¿Kira? —grita—. Que... como, ¿tercera base? ¿Cuarta?

Arrugo mi nariz.

—¿Como se le dice cuando casi llegas ahí, sin la mayoría de la ropa, pero lo más importante aún puesto, y no se involucra ninguna cama?

Agita su mano frente a su cara.

—No lo sé, nunca pude descifrarlo, pero si estuviera con cualquier otro tipo que no fuera Dexter Dempsey lo llamaría sexy.

—Fue sexy.

Su voz es divertida.

—No pudo serlo.

—Lo fue. Demasiado sexy. Siempre y cuando tuviera puesto su suéter.

Se ríe como si dijera me he estado perdiendo demasiado esta Navidad.

—¿Se dejó el suéter puesto?

—Oh, él no quería. Odia ese suéter, pero yo lo obligué.

Se ríe.

—¿Cómo obligas a un muchacho a dejarse su suéter de Navidad?

—No sé —admito—. Supongo que tengo habilidad en ese departamento. ¿Quién lo hubiera dicho?

Levanta una mano.

—Así que, regresa: ¿qué tan seguido se ponen íntimos ustedes dos desde que me fui?

—Todas las noches.

Si tuviera la boca llena de chocolate caliente ya lo hubiera escupido.

—¿Que?

—Lo sé, ese es mi punto, ese es el poder del suéter te digo.

Sacude su cabeza.

—Okay, así que, mientras te proceso a ti y a Dexter haciendo cosas solo con su suéter puesto, hay que regresar...

—No uso solamente su suéter. A él le gustan esos bóxers, ya sabes, los largos.

—Amo esos —dice ella—. Le compre a Guy un par para navidad. Lo cual me recuerda, aún tengo que dárselos...

Alzo un dedo.

—NI SIQUIERA trates de arruinar la única vez que he tenido más acción que tú en vacaciones de Navidad.

Se ríe y alza una mano.

—Okay, okay... Así que, bóxers largos y un suéter navideño. ¿Qué color?

Pongo los ojos en blanco.

—Te acabo de decir, blanco con rayas rojas y...

—Los bóxers. ¿De qué color eran los bóxers?

—Azul bajito —le explico—. ¿Azul pálido?

Ella hace una cara.

—¿Enserio? Porque eso puede llegar a ser mas asqueroso que el suéter.

—Eso pensarías —bromeo—. Pero con un muchacho en ellas, se ven un poco mejor.

—Si tú lo dices —dice, aún sin sonar convencida—. Entonces, suéter de 1970, Chester y sus orejas enormes, bóxers azul pálido en sus largas piernas y... ¿Me perdí de algo?

—Calcetines. Estaba usando sus calcetines.

—Déjame adivinar... ¿Calcetines entubados?

Suelto una carcajada.



—Yo también pensé eso, pero no... calcetines negros.

Suelta un gruñido.

—Esto se pone cada vez mejor...

—Bueno, déjame regresar a la historia y así tal vez no suene tan... extraña. Entonces, estoy ahí, Blanca Navidad está sonando, la bruja Sarah está en la parte de atrás, Dexter está en la entrada, la campana suena y lo veo en el suéter y... lo abraza. Es como el traje de Iron Man, o sea, de repente tiene hombros, pectorales, y este largo torso y es como si Santa hubiera hecho ese suéter el mismo solo para que él lo usara...

—Entonces, ¿estás libremente ojeando al tipo en la tienda de smoothies?

Me río.

—Supongo. Digo, finalmente tuvo que aclarar su garganta para obtener mi atención, entonces vi sus ojos y recordé que era Dexter, pero... todavía su cara se veía más linda con ese suéter. Y traía estos pantalones, como color chocolate, y descoloridos lo suficiente, y también lo abrazaban, y... no sé, Layla, solo no me pude contener.

—¿Estás segura que no memorizaste una historia erótica de navidad y estas solo cambiando los nombres? Porque... ahí es donde se está dirigiendo.

Me río.

—No, o sea, fui toda una dama. Tomé su orden y todo pero, en el momento en que se acercó por ella le puse un panecito de calabaza que sé que le gusta.

Sonríó ante el recuerdo, sus mejillas coloreándose instantáneamente, sus ojos literalmente centelleando.

—Se sonrojó y me dijo, ‘Solo traje lo suficiente para el smoothie, Kira’ y cuando dijo mi nombre, supe de lo que las muchachas hablan cuando dicen que sus rodillas tiemblan, porque las mías temblaron dos o cuatro veces.

Su boca está bien abierta pero al menos no está interrumpiendo.

—Y dije, “cortesía de la casa, Dexter”, muy descaradamente, como lento y tranquilo. Y mientras trataba de alcanzarlo agregué, “Feliz Navidad”. Y sus ojos se iluminaron y dijo, “Gracias”, y entonces se fue.

—¿Eso es todo? —Se sienta, dándole un puñetazo a la almohada en su regazo—. Pensé que dijiste que empezaron a enrollarse inmediatamente.

—Casi inmediatamente —digo graciosamente—. Quiero decir, dame un poco de crédito. No soy una seductora total. Pero me di cuenta que había colocado la trampa y, estaba bastante segura, que volvería a la noche siguiente, a la misma hora, justo antes de cerrar. Sarah está en el fondo, suena música navideña, la puerta repica... en *Banana* de Billy Bunster, por favor. Y esta vez, le doy el batido de frutas y el cuadrado de calabacín gratis.

—Atrevida —ronronea dramáticamente—. ¿Quién diría que el camino al corazón de un hombre era un batido y un cuadrado de calabacín?

—¿Quién diría que el camino al de una chica era una cursi suéter de Navidad? —contrargumento.

—Punto tomado. —Suspira, moviéndose lentamente hacia atrás en su cojín—. Prosigue. —Bosteza un poco pero lo sofoca, asique tengo que darle crédito por eso. Después de todo, ella volvió a la ciudad anoche.

—Asique, trata de alcanzar su billetera de cualquier forma y yo miro el reloj y mi turno está casi terminado, y le digo: “Dexter, mi turno casi termina. Quizás puedes retribuirme con una rebanada y una soda de

aquí al lado, Papa Pesto's, ¿sabes?" Y se sonroja, asiente, y se sienta allí en uno de nuestras pequeñas sillas naranjas y espera a que termine mi turno. Y entonces...

—Déjame adivinar —interrumpe—. Pagaste por su pizza, también.

Siento mi rostro ponerse un poco caliente.

—Nunca llegamos a buscar pizza esa noche —admito. Mientras ella grita agrego—: le dije que en realidad no estaba hambrienta y dijo que él tampoco lo estaba, no después de su batido gratis. Él es muy tímido, y estaba un poco cálida la noche, asique le pedí que me acompañara a casa.

—¿A casa del Smoothie Shack?

Asiento.

—Esa es una buena caminata —señala.

—Lo sé, pero... es un paseo muy lindo por la parte baja a de Snowflake con todas las luces de Navidad encendidas y siempre tienen música en las cuerdas, y sabía que el kiosco en el pequeño parque calle arriba de mi casa estaría vacío, asique... cuando llegamos allí como que lo... atraje dentro.

—¿El kiosco donde solíamos alimentar a los patos?

Sonrío y lanzo una pequeña risa nerviosa.

—Asique, estamos allí, es tarde ahora después de aquella caminata, nadie está alrededor, y nos ponemos un poco juguetones, miro hacia abajo y me doy cuenta que aún tengo mi delantal del Shack Shack.

Pone sus ojos en blanco.

—Nada como un delantal naranja brillante para calentar a un chico.

—Eso es lo que pensé pero cuando iba a quitármelo me detuvo, asique... él debe haber estado tan cachondo como yo lo estaba.

—¿Justo ahí? ¿En el kiosco?

—Bueno, no hicimos mucho... en ese momento. Allí. Sólo quería estar segura que yo le gustaba. Y entonces, me acompaña a casa, estábamos dándonos las buenas noches y dice: “¿Cuándo puedo verte de nuevo?” Y le digo: “Desde que estás fuera de la ciudad por las fiestas, trabajo todas las noches en Navidad”, y sus ojos como que se encendieron y entonces...

—¿Y entonces?

—Y entonces... se dio vuelta y se fue.

—Romántico.

—No dije que fuera amor verdadero, Layla, sólo... ¡lujuria de suéter!

Sacude su cabeza.

—¿Y entonces?

—Asique, cada noche vino justo antes de cerrar.

—¿Y Sarah Witch nunca dijo nada?

Sonrío con suficiencia.

—Empecé a dejarla ir a casa temprano cada noche. Y, por supuesto, la Sra. Foster se iba a casa temprano todas las noches de todas formas, debido a las festividades, y me dejaba cerrar, asique...

Su cara se congeló en una máscara de horror.

—Oh no, Kira. Por favor no me digas que tú y Dexter se pusieron casi íntimos cada noche en Navidad en el Smoothie Shack.

—Bueno, ¿dónde más íbamos a ir? ¿Al kiosco? ¿A mi casa, con mamá y la casa llena de parientes? A su casa, ¿con sus tres hermanos y seis gatos? Asqueroso. Yo tenía las llaves, mantenía las cosas higiénicas,

sabes... Quiero decir, no estábamos haciéndolo cerca del puesto de aderezos, si eso es lo que piensas.

Hace cara de asco y sostiene sus manos en alto.

—No más, yo sólo... no puedo. Quiero decir, me alegra que estés floreciendo en una pequeña Skanktress y todo, pero... se siente incorrecto con el árbol y tan...

Asiente hacia el pequeño árbol sobre la mesa que trajo en su vanidad. Parpadea suavemente en la tenue luz de una tarde de Diciembre.

De repente, su teléfono repiquetea en la mesa ratona al lado de su sobrecargada silla, un tono de "*Jingle bells*" la alertó de un nuevo mensaje de texto. Lo alcanza y su rostro se ilumina.

—¿Un chico? —gruño, porque no estoy ni cerca de terminar con mi historia aún.

—No, Jasmine.

—¿Quién?

—Ya sabes, mi nueva hermanastra.

Asiento. Su papá se casó en Acción de Gracias y este viaje de Navidad fue su oportunidad para conocer a su nueva "familia". Pensé que vendría a casa refunfuñando y quejándose sobre cuán repugnante era su nueva madrastra, pero hasta el momento ni pío. ¿Y ahora repentinamente está mandando textos a su hermanastra?

Deja el teléfono a un lado y dice:

—Así que, dime, estás toda caliente e intensa y ahora... ¿quieres romper con él? ¿Por qué?

—Bueno, es sólo que... ahora que la Navidad terminó, y ya no usa su suéter, es sólo Dexter Dempsey de nuevo, ¿sabes?

Asiente y empieza a decir algo más. Pero entonces, otra ronda de “*Jingle Bells*” salen disparados y ella alza un dedo, alcanzando el teléfono. Espero a través de una ráfaga de mensajes pero para el momento en que ha terminado, y deja el teléfono de nuevo en la mesa, ya estoy parada.

—¿Qué pasa? —pregunta, pero puedo decir por la forma en que ella está escabulléndose de su silla, tirando de su camiseta de baby doll, que está esperando que me vaya.

—Debería irme. Tú tienes que ponerte al día con tú mamá y, bueno... yo tengo que empezar a pensar en desilusionar a Dexter fácilmente.

—Sí —dice, siguiéndome por el pasillo de su cuarto—. Quieres cortar eso de raíz antes de que la escuela empiece de nuevo. Se volverá más incómodo entonces. ¿Puedes imaginar a Dexter Dempsey tratando de sentarse en nuestra mesa en el almuerzo?

Me encojo.

—No realmente.

Entonces estamos en el living, otro árbol, más grande, titilando en todos los colores del arcoíris navideño. Voy a decir adiós a su madre pero está en su cuarto, con la computadora encendida, trabajando en uno de sus independientes proyectos gráficos de diseño, asique lo salteo.

Luego estamos en la puerta, abriendo en la luz gris de un reducido día de Diciembre.

Nos paramos en la puerta de entrada, agarrándonos en el frío invernal.

—Perdona por todos esos textos —dice, evitando mis ojos—. Yo sólo... es familia, ¿sabes?

Me encojo de hombros.

—Perdón por monopolizar la conversación. Yo sólo... tú siempre tienes una historia sexy que contar y yo nunca. Creo que lo necesitaba.

—Lo necesitabas mucho —me corrige, y no puedo discrepar con ella. Asiente y se mueve lentamente de vuelta hacia la puerta—. ¿Te llamo mañana? —ofrece.

—¿Mañana? —la espeto—. No son ni siquiera las cinco. ¿Qué diablos vas a hacer toda la noche? Pensé que iríamos a tomar una soda y una rebanada a Papa Pesto's, ¡así podrías consolarme por mi gran ruptura!!

Sonríe con suficiencia.

—No lo sé. Aún tengo que ir y darle a Guy su regalo y, creo que... toda tu charla del suéter y el almacén me tienen como caliente y molesta, asique... no me esperes despierta, es todo lo que estoy diciendo.

Reímos nerviosamente y asiento, pensando: Estaremos bien. Sólo tenemos que acostumbrarnos la una a la otra de nuevo. Para la víspera de año nuevo, estaremos bien como la lluvia.

—Seguro —digo en voz alta—. Llámame mañana. Si tus manos no están demasiado cansadas para discar, eso sí.

Me da un golpe en el hombro y hago una mueca de dolor, y se desliza dentro, cerrando la puerta. Froto los lados de mis brazos arriba y abajo, deseando haber usado más que una sudadera rosa y pantalones de yoga, pero entonces no me di cuenta que estaría sentada en su casa, confesándome toda la tarde.

Oigo un motor al ralentí en la distancia y cuando giro hacia mi casa, justo tres calles abajo, hay un auto en nuestra entrada. Su auto. El de Dexter. Mi estómago hace un pequeño vuelco porque... estaba esperando tener más tiempo para prepararme, pero esto es bueno. No, esto es bueno porque terminaré con esto ahora.

Me pongo firme y camino hacia él. Me ve y abre la puerta, apagando el motor. Antes que lo haga, oigo un arranque de música navideña sonando en su radio, y me hace sonreír por alguna razón.

Creo que, bueno, supongo que nunca pensaré en Navidad, o en suéter navideños, de la misma forma de nuevo.

Está usando alguna camisa de rugby que su mamá le dio por Navidad. Es tan grande, y tan errónea. Los colores son desagradables, marrón y dorado, las mangas son acolchadas, su pecho está engullido y es demasiado larga, y tiene unos jeans que son demasiado crespos y oscuros.

—Hola, Kira —dice en su voz suave y gentil. Sus ojos no se encuentran totalmente con los míos y está balanceándose de un pie a otro junto a su auto.

—¿Qué hay, Dex? —pregunto, lo he estado llamando así desde, no sé... ¿la sesión de besos número 3?—. No pensé que te vería hasta mi turno de esta noche.

Finalmente me mira a los ojos y dice:

—Sí, sobre eso...

Me detengo donde estoy. He estado caminando hacia él, pavoneándome un poco, y escucho eso y como que.... Me congelo.

—Pensé que quizás me saltaría esta noche —dice.

Parpadeo dos veces y lo repito tres veces.

—¿En serio? —Las palabras rezuman fuera de mi boca, tomando una o dos sílabas extras para llegar a él.

—Sí, yo... —Se mueve hacia la calle, y sigo sus dedos largos y estrechos adonde está señalando, hacia el pequeño parque, y al kiosco donde nos besamos por primera vez—. ¿Podemos... dar un paseo?

Justo entonces tiritó y digo:

—No lo sé, creo que hace frío.

Se estira en su auto y toma algo del asiento del acompañante.

—Tengo este suéter... —dice, dándomelo. El suéter.

El suéter navideño.

Tirito, río nerviosamente un poco y me lo pongo. Es cálido y grande. Nunca pensé en él como un chico grande, no grande como un atleta, pero estoy nadando bastante en su suéter y estaba siempre tan ceñido en él.

—Gracias—digo mientras giramos y caminamos hacia el parque. Me abrazo a mí misma en su suéter. Huele como él. Esa clase de dulce colonia barata que usa. Nunca antes me gustó realmente pero en su suéter, en su suéter, está agradándome un poco más.

Lanzo una mirada hacia atrás para ver su cafetera en mi entrada.

—¿Estuviste esperando mucho? —pregunto.

—Un poco —responde, rápidamente, sonando un poco irritado—. ¿Dónde estabas?

—En la casa de Layla —respondo.

Suspira un poco.

—Lo imaginé —dice.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, empujándolo un poco con mi hombro. En la forma en que... en la forma en que las novias y los novios lo hacen.

Me mira.

—Nada, solo...

Estamos en el kiosco ahora y se detiene en la pequeña entrada, esperando que suba los escalones y entre. Está más frío ahora, y la luz está menguando.

Por todo Snowflake, en Carolina del Sur, las luces de Navidad están empezando a parpadear de nuevo, amigos están teniendo lo último de diversión de fiestas antes que el Año Nuevo traiga a la realidad a aplastarse de nuevo contra nosotros.

—Escucha —suspira, sentándose en frente de mí—, yo sólo... bueno...

Está inclinado allí, con el trasero contra la barandilla del kiosco, sin mirarme por completo.

—Escúpelo. —Me río entre dientes, juguetonamente, siempre tentadora.

Sacude su cabeza hacia atrás, con los dientes apretados, y la mandíbula contraída. Como que me encojo de miedo al ver la forma en que sus orificios nasales se abren.

—Okay, está bien. Pienso... bueno... pienso que deberíamos ver a otras personas.

Yo grito.

Literalmente grito, como hago cuando estoy viendo una película de horror y algo me sorprende totalmente, lo cual es la mayoría del tiempo porque las películas de miedo son un total festival de shock para mí.

—¿TÚ piensas que deberíamos ver a otras personas? —Suelto una risita, resoplo y grito de nuevo.

Sus ojos verdes son desafiantes. Sí, ojos verdes. Nunca noté eso antes.

—Sí, en realidad lo hago.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Yo sólo, pienso que nos alcanzó el espíritu festivo y quizás apresuramos las cosas y ahora me gustaría ir más despacio.

Asiento. En realidad, era casi igual a la carta que yo iba a decir. A él. No de otra forma, con ÉL diciéndomelo a MÍ.

De esta forma. Justo aquí.

Justo ahora.

—Okay —lo corto, malhumorada ahora, quitándome su suéter. Incómodamente. En la forma más incómoda imaginable. Con un brazo aún en la manga y mi cabello enredado en la parte de arriba, y el cuello rasguñando los orificios de mi nariz.

Él da una risa ahogada, suavemente, como si estuviera aliviado ahora que me ha botado tres noches antes de Año Nuevo, y me ayuda con el suéter.

Trata de agarrarlo pero lo aparto, al suéter y a sus estúpidas manos grandes.

—Puedes conservar tu sucio suéter, Dexter Dempsey —colapso, paseando mi pequeña cuña por el kiosco—. Consérvalo y quémalo, por todo lo que me importa. Odio ese estúpido suéter.

—Pero... pero siempre me hacías mantenerlo puesto cuando... cuando, ya sabes —tartamudea, sonrojándose por decir esas palabras.

—¡Eso es porque luces sexy en él, Dexter! —confieso, y todo viene de una vez. Repentinamente. Inesperadamente. Feo y desagradable, y para nada como iba a decirlo en mi mente—. Sólo salí contigo en este receso de Navidad por ese suéter y cómo lucías en él. Sólo te dejé tocarme, casi en todo lados, por cuán sexy lucías en ese suéter. Y ahora... ahora... nunca vas a usar ese suéter de nuevo, y todo se ha ido, ha terminado...

Bajo la voz porque él está riendo. Riendo ahogadamente, a carcajadas, con la cara roja, resoplando a través de sus ensanchados orificios nasales, y golpeando sus rodillas. Literalmente.

Golpeando sus rodillas.

—¿Qué diablos es tan gracioso? —pregunto, pisando fuerte hacia él y empujándolo suavemente—. ¿Huh? —Y le doy un suave empujón una vez más, para finalizar.

—Nada —miento, rechazándome gentilmente con sus largos dedos pálidos—. Es sólo que... tu delantal. Siento... Me sentía de la misma forma sobre tu delantal del Smoothie Shack.

—¿Mi delantal?

—Sí, tú sabes. —Hace un forma de reloj de arena con sus manos, sonriendo cuando me mira de nuevo—. Apretaba cada curva. Nunca podía cansarme de verte en ese delantal. La forma en que se amarraba alrededor de tu cintura, y se amontonaba en la parte de arriba, y no importaba que tú siempre volcaras algo sobre él yo pensaba que era tan lindo y...

Sacudo mi cabeza. Piso fuerte con un pie. Meneo un dedo.

—Espera, espera, ¡ESPERA! ¿Sólo saliste conmigo esta Navidad por mi estúpido delantal?

Va a asentir, colgando su cabeza, entonces se detiene.

—Espera tú, Kira. TÚ sólo saliste CONMIGO por mi estúpido suéter, asique... ¿cuál de nosotros es peor?

—Tú —resoplo—. Mi delantal es estúpido y su suéter es SEXY.

—Mi suéter es totalmente estúpido, ¡y tu delantal es totalmente SEXY!

Estamos cara a cara ahora, bueno, casi, inclinados por la cintura, gritándonos el uno al otro, y reímos a carcajadas al mismo tiempo, cayendo el uno por el otro, pero no en una forma sexy, sólo en una clase de... natural...forma. Brazos aquí, piernas allá, orejas aquí, y manos allá, como buenos amigos. O amantes.

O casi amantes.

—Esta es la conversación más idiota que he tenido —admito, inclinándome hacia atrás contra mi cuña en el kiosco.

Él aún se ríe ahogadamente, con los brazos alrededor de su estrecho y cóncavo estómago, como si doliera por reír. Se sienta hacia atrás, relajado, y me mira detenidamente. Echándome un vistazo, casi estudiándome.

—No estoy seguro de haberte escuchado reír antes —dice, más tranquilo ahora.

—¿En serio? —Me encojo de hombros—. Estoy segura que debo haberme reído en algún punto.

Sacude su cabeza y sonrío.

—Recordaría una risa como esa —dice.

Asiento, porque ¿qué más dices a algo como eso? ¿Qué más puedes decir? Decido, justo entonces y ahí, que él no va a alejarse. No Dexter Dempsey. No en el receso de Navidad, no por un tiempo.

Al menos, no si puedo evitarlo.

—Tengo una proposición —digo—. ¿Por qué no abandono el trabajo esta noche? Me lo deben, trabaje el doble en Nochebuena, por Pete's santo, y no creo que la Sra. Foster trabaje seis horas toda la semana...

Mi voz va desapareciendo poco a poco asique me da un suave codazo con un silencioso:

Miro hacia arriba, encontrándolo inclinándose hacia adelante un poquito. Ansiosamente. Sonrío.

—Y...quizás podemos salir juntos. Ningún suéter, ningún delantal, ningún almacén, sólo...

—¿Desnudos? —bromea, y río de nuevo. Y sonrío.

—No esta noche —digo, y se inclina hacia atrás, casi... aliviado—. Tal vez, esta noche, podamos sólo salir en una cita, ya sabes, como las normales...

Mi voz se desvanece de nuevo.

—¿Normales parejas? —Me estimula, moviéndose lentamente hacia adelante.

—Supongo que sí —digo, mirándolo mientras se acerca—. Eso será lindo, ¿cierto?

Estira el brazo, no por un abrazo o para toquetear, sino sólo para tomar mi mano. Lo dejo y gentilmente tira de mí, lejos de la baranda del kiosco y me guía por los escalones. Nos tomamos de las manos todo el camino hacia la calle, de vuelta a su auto, y sólo lo dejo ir a regañadientes cuando tiene que buscar sus llaves.

Me paro junto a su auto y él se sube, doblando su gran y esbelto cuerpo en el desgarrado asiento de conductor.

—¿Te recogeré a las ocho? —pregunta.

Está casi oscuro, ahora, las luces de Snowflake brillando en el cielo del ocaso.

—Eso sería lindo —digo sobre el quejido de raído motor viejo.

—Eso creo —coincide, marchándose, lentamente, mirándome todo el tiempo desde su ventana abierta. Le doy un pequeño saludo con la mano,

como una novia haria, y veo su auto cruzar la calle hasta que gira en la señal de alto y no puedo ver más sus luces traseras.

Entonces me paro y observo un poco más, porque temo que si voy adentro el hechizo se habrá roto, y recordaré que un chico como Dexter Dempsey y yo no somos el uno para el otro.

Y no quiero que pase. No por el momento.

Y tal vez, tal vez nunca...



Historia 3

Ahora apareciendo en Snowflake

Traducido por PrisAlvS, Connie.J & Caro_02

Corregido por Connie.J

—Te advertí que era una mala idea. —El Sr. Kerns frunce el ceño y acaricia su larga y pálida mano nerviosamente sobre su cabeza calva—. Incluso te mostré los números de las últimas tres Vísperas de Navidad, ¿recuerdas? Nadie sale a ver películas en Noche Buena, Sasha; ¡nadie!

También está caminando de un lado a otros entre la boletería y la sala de juegos. Eso es, si llama un Galaga, un Centipede y un Hockey de aire una “sala de juegos”.

—Las personas vendrán, Sr. Kerns —insisto estridentemente como he estado haciendo por las últimas dos horas—. Al menos los chicos lo harán... creo.

—No sé por qué sigues diciendo eso —dice señalando ampliamente al estacionamiento vacío, incluso más vacío que la acera frente a las puertas dobles del Cine Snowflake—. ¡Aunque toda la evidencia indique lo contrario!

El Sr. Kerns es bajo y, bueno... rechoncho. Lleva pantalones amplios de color gris, todas las noches. Eso y una ajustada camiseta de vestir roja con una corbata gris, todas las noches. Sus zapatos son deportivos negros con los talones gastados al lado derecho y las gasta más esta noche con su andar, adelante y atrás, de regreso y adelante, una y otra vez.



—Así es como funciona, Sr. Kerns—digo de nuevo, por la centésima vez—. En Noche Buena, todos cenan, admiran el árbol, toman una copa de champaña o hacen chocolate caliente, lo que sea. Luego, como a las ocho o nueve, todos los niños en el pueblo se preguntan qué harán por el resto de la noche, a dónde irán para encontrarse. ¿Deberían sentarse por ahí con la familia a jugar Yahtzee? No lo creo. Entonces, ¿qué hacen? ¡Salen y ven una película! ¡Es la perfecta solución para Noche Buena!

El Sr. Kerns se gira hacia mí, los ojos abiertos con preocupación y llora:

—Pero por qué dejé que me convencieras de quitar todas las películas taquilleras por... por...

¡Es como si no pudiera obligarse a decir las palabras o algo!

—¿Por... una película de Navidad?!

Sí, ves; ahí fue donde la jodí. En grande.

Todo iba tan bien. Todo iba de acuerdo al plan. Un par de carros llenos de niños de hecho llegaron, salieron, vieron la pizarra, leyeron los títulos como Parches, el *Elfo Navideño* o *Noche de Espantosa Paz 3*, y negaron con la cabeza, me lanzaron miradas asesinas mientras permanecía llena de esperanza, por la boletería y luego regresaron al auto y se fueron a lugares desconocidos.

La Tienda de Dulces Snowflake, probablemente; ese es el único lugar abierto a esta hora en Vísperas de Navidad. O quizás a Libros & Granos.

—Solo recojamos todo. —El Sr. Kerns suspira, realmente pierde la corbata antes de que acabe la noche.

(¿Qué es, Noche Buena o algo?!)

—Pero... pero... mira —digo al mirar un auto deportivo familiar deslizarse al espacio (para discapacitados) en frente—. Aquí viene alguien.

—¿Algún? —pregunta sin siquiera mirar desde la puerta de entrada—. Escucha, eres asistente de gerente ahora, Sasha. Aunque te puedo bajar de puesto después de ver las ganancias de hoy en la mañana. Puedes encargarte de un cliente y, cuando termine de ver la película de cuarenta minutos de Randolph el Reno Pedorro, bueno, puedes darle un dulce complementario y echarlo sola, ¿o no?

—¿Estás s-s-seguro? —pregunto un poco preocupada por lo de “bajar de puesto”, aunque estoy un 90 % segura, que sea un 80 %, bien, un 75 %, de que Kerns está bromeando.

—Lo haces todo el tiempo, Sasha. —Suspira, toma su chaqueta azul de la sala de descanso para empleados y camina hacia mí en sus destrozadas deportivas—. ¿Por qué esta noche debería ser diferente?

—Bueno, ¿qué si tengo razón y somos invadidos, Sr. Kerns?

—Son casi las once —señala mirando a uno de mis compañeros mientras camina a paso lento hacia las puertas en sus deportivas—. ¿Cuán ocupado crees que se pondrá? Además, es Noche Buena; tengo una familia esperando en casa y, bueno...

Deja que su voz se apague, pero yo termino la oración por él en mi cabeza: *“Y, bueno... tú no. No realmente...”*

—Feliz Navidad —murmuro mientras él se apura hacia la noche, apenas tengo la puerta para ningún otro que Dart McKee, nadador estrella de la Secundaria Snowflake.

—Bah, tonterías —murmura Dart a la espalda del Sr. Kerns.

Río, pero estoy tan nerviosa que sale como un bufido.

Dart apenas levanta la mirada mientras camina hacia la vieja boletería, del tipo con un agujero en el cristal y una rendija por debajo para deslizar el dinero. Pero bueno, todo en el Cine Snowflake es antiguo; desde la boletería hasta la máquina de palomitas anticuada y la

dulsería pasada de moda y los asientos y las gigantescas cortinas color vino usadas para hacer las paredes a prueba de “sonido” en cada una de nuestras seis “espaciosas” salas.

—Bienvenido a Cine Snowflake —suelto cuando Dart finalmente levanta la mirada—. ¿Cómo le puedo ayudar?

Dart entrecierra sus ojos cafés, luego los afloja al reconocermelo. Luego evita mis ojos completamente y dice:

—Oh, uh, gracias.

Jesús, sé que no andamos con los mismos grupos exactamente, sabes (no que tenga un grupo o algo), pero... ¡es Navidad! ¿No puede por lo menos fingir que piensa que soy humana?

—¿Puedo ayudarlo con algo más? —pregunto, aún uso mi voz falsa para el Cine Snowflake, como si el Sr. Kerns siguiera alrededor y pudiera disminuir mi paga por sonar como una adolescente.

Él tiene su billetera a medio sacar de su bolsillo trasero y miro mientras la vuelve a meter y se gira.

—No —dice suavemente, gentilmente—. Yo... yo... cambié de idea.

—¿Qué? —chillo antes de poder detenerme—. Pero... viniste hasta acá. ¡No te arrepientas ahora!

Está a medio girarse, los 1.90 metros de buen ser, los ochenta kilogramos de músculos nadadores metidos en color chocolate caliente, deportivas de cuero quemado con un línea a cada lado y una sudadera de pescador blanco-desteñido con un cuello que cubre la mitad de su garganta y sigue rascándose el rastro de barba rubio que cubre el hoyuelo en su barbilla.

Su sonrisa torcida solo se medio curva hacia arriba por sus mejillas mientras levanta una oscura e inquisitiva ceja.

—Pero nunca he ido al cine solo antes.

—¿Tú estás... solo? —me burlo con un jadeo.

Él asiente todo serio como, apartándose de nuevo.

—Estoy bromeando. Quiero decir, no es un delito, ¿sabes? La gente lo hace todo el tiempo.

—No, yo sé que lo hacen —dice rápidamente, como si creyera que estoy burlándome de él porque no ha captado mi broma, o tal vez sólo porque él está solo—. Es solo un poco... triste... ¿Sabes?

—¿Triste? Te daré algo de tristeza; trata de trabajar en el cine sola. En Nochebuena. Asfixiándote con el rancio olor de las palomitas de maíz. Ahora, eso es triste.

—¿Tú estás... sola? —pregunta, finalmente moviendo sus ojos de sus brillantes zapatos de cuero y mirando dentro de la desierta entrada.

—Ese era mi gerente, quien casi te atropella justo ahora —explico, inclinándome hacia adelante en la taquilla hasta que mi cara está más cerca del poco aire que entra del agujero de la pequeña ventanilla.

—Bueno, sí, pero... te pagan por estar aquí sola —señala él, finalmente mirándome con sus ojos azules oscuro—. Eso es lo contrario a la tristeza.

—¿De verdad? —pregunto, inclinándome hacia atrás y extendiendo mis ojos para revelar el prodigio, la maravilla y el esplendor... ¡del cine Snowflake!—. ¿En serio?

Él es del tipo de reírse entre dientes, pero hay mucho trabajo por hacer si es que alguna vez consigo llevarlo hacia adentro.

Después de todo, él aún sigue tan cerca de su coche como de la taquilla.



Eso significa que quedan unas 50-50 probabilidades de que esta sea la noche de mis sueños... o simplemente otro giro triste en los cines Snowflake.

—*¡Piensa!* —me digo a mí misma—. *Aquí está tu oportunidad de pasar la Nochebuena con Dart Mckee. Dart Mckee. ¡No lo arruines!*

—¡Palomitas libres después de las 11! —grito, de repente inspirada—. ¡Todo lo que puedas comer!

—¿De verdad? —pregunta, avanzando un paso más a mí.

—¡Y soda... soda... a mitad de precio durante toda la Nochebuena!

Él sonríe, mira hacia abajo a sus zapatos, juega con sus pies, mira a la izquierda, no ve a nadie, él se ve bien, ve aún más y no ve a nadie, y por último... se encoge de hombros.

—¡Trato! —dice casi tropezando con sus pies para volver a la taquilla y tomar todas estas ofertas de última hora—. Voy a comprar una... Hmmmm... bien, vamos a ver. ¿Qué tal es la película *Día Nevoso de Satanás?*

—Justamente del tipo impresionante. —Sonrío, imprimiéndole un ticket antes de que pueda desistir y elegir como *¡El señor Santa Claus se va de vacaciones!*

Lo rasgo por la mitad mientras él me entrega entregue los seis dólares de admisión, y lo seguí alrededor para estar parada detrás de la tienda de comida.

No puedo superarlo si voy todo el camino a través de la puerta lateral y camino dentro, así que lo que nosotros hacemos cuando no hay vendedores alrededor es: deslizar nuestro traseros hacia el puesto de comida.

—Lindo. —Él sonríe, buscando a tientas los últimos billetes de su billetera—. Estoy seguro que al departamento de salud ama que se movilicen.

—¿Por qué, estás trabajando encubierto o algo así?

Él sonríe tranquilamente, sus ojos café aún un poco tristes.

—¿Qué te puedo servir? —deseosa de mantener la conversación fluida.

Dart es tan animado en la escuela. Siempre saltando por los pasillos en su apretada chaqueta Letterman y sus aún más ajustados vaqueros y zapatillas de siempre en el pasillo de azulejos mientras da apretones de mano con sus amigos de taquilla en taquilla, con su mano siempre alrededor de su principal saludo: Toni Lockhart.

Él dice:

—Bueno, palomitas para empezar, y un refresco por supuesto, y... santo cigarros, ¿son esos... Doodads²? ¿En serio...? ¿Y... esos son Slowpokes? Caracoles, no había tenido de estos desde que mi papa solía traerme aquí cuando era un niño...

—En seguida. —Sonríe, facilitándole dos paquetes de cada uno a través de la bandeja de comida manchada (¡Manchado mi trasero! ¡Eso es!) por el marco de la ventanilla del puesto de comida.

—Pero... yo sólo tengo lo suficiente para... —tartamudea, muy avergonzado para terminar su oración mientras él los devuelve por el vidrio. Sus dedos lucen arrugados, como tal vez la mitad del tiempo de Nochebuena lo hubiera pasado en el interior de la piscina de la escuela.

—Relájate —le digo, dándole de vuelta los caramelos—. ¡Feliz Navidad!

—¿De verdad?

² Caramelo.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —Puse la tapa en su bebida y se la pasé, entonces le hice una bolsa súper extra, doble y grande de palomitas, solo porque puedo.

—¡Wow! —dice, los ojos lo suficientemente abiertos para prácticamente tocar esos oscuros y café rulos de él—. ¿Todo esto es gratis?

—Bueno —me burlo, jugando con un mechón de mi largo y rojo cabello nerviosamente alrededor de un dedo como si estuviera conspirando—. No te sientas especial. Solo tengo que darte el extra por el final de la noche, de todas formas.

Se sonroja, un poco, o tal vez mis gafas están empañadas por estar tan cerca de él, mientras que él mira más allá de mí a la máquina de palomitas, hecha alrededor del 1962.

—¿Esperando una gran multitud esta noche?

—Más grande que esto —digo, cuando frunce el ceño, rápidamente agrego—: Quiero decir, no es que esté... estamos... ¡felices de que aparecieras! Es sólo que, bueno yo, convencí a mi jefe de que habría mucha gente viniendo a ver películas después de estar encerrados con sus familias todo el día y...

—Pero... todo lo que muestran son películas de Navidad —se queja.

—Sí, bueno, ¡esa era mi idea, también!

—Pero son, algo como, películas escasas.

Me sonrojo y confieso:

—Bueno, yo no pensé en los niños viendo realmente las películas, ¿sabes?

—No eres muy buena en esto, ¿verdad? —pregunta.



—Supongo que no. ¿Por qué ha venido aquí para ver una de todos modos?

—La película *The New Space Shots*.

Quiero jaderar, pero no lo hago. Pensé que Dart tenía mejor gusto.

—Qué mal que mi jefe ya se ha ido. Hubiera podido ponerla para ti.

—No —dice, mirando a su boleto—. El día nevoso de Satanás suena... ¿Agradable?

—Lo es —le digo, aunque nunca la hubiera visto, pero con un título así, ¿cómo podría perdértela?

Él aún seguía en el puesto de comida, su refresco y aperitivos aún ensuciando el lugar que realmente debería ser limpiado.

—Me siento un poco mal porque tu idea no funcionara —dice, y todo el tiempo me mira con esos ojos de perrito marrón hasta que pienso que uno de sus amigos está filmando esto, ¿o algo así?

—Tú y yo, los dos —digo sólo porque, hey, siempre he querido hacerlo.

—Debería llamar a todos mis amigos —dice, aún reclinándose contra un costado del puesto—. Eso impresionaría a tu jefe, ¿eh?

—Lo haría. —Me pregunto por qué no estoy tan entusiasmada con su brillante idea.

—Pero... es un poco tarde —agrega.

—Realmente tarde —agrego, la idea de tener a Dart para mí el resto de la noche se volvió de repente un billón de veces más importante que, ya sabes, mi trabajo actual.

—Además, quiero decir, no están realmente mostrando nada bueno y me odiarían por sacarlos de la casa para nada.

Ahora es mi turno para mirarlo toda ofendida.

—Es broma, Sasha —dice, evitando mis ojos de nuevo—. Pensé que podrías captar una broma.

Me gustaría haberle devuelto algo rápido, pero estoy demasiado ocupada estando revolucionado locamente feliz por el hecho de que. Dart. Mckee. Sabe. Mi. Maldito. ¡Nombre!

—Tú probablemente no tengas muchos amigos, de todos modos —digo, aunque sólo sea para demostrarme a mí misma que puedo hablar.

—Oh, sí —resopla, alcanzando su teléfono celular de su expuesto bolsillo delantero de sus pantalones chocolate oscuro—. Lo siento si no soy el jefe oficial. Soy demasiado bueno para amigos Club. ¡Como tú!

—Tengo amigos —digo, secretamente feliz cuando levanta su mano vacía luego de escarbar en su bolsillo.

—Sí, nombra a uno —desafía. No tiene prisa por correr y ver la apertura de los créditos del *Día Nevoso de Satanás*—. Lo siento, espera, ¡nombra uno que no sea un maestro, consejero, director o entrenador!

¡Mierda!

—Paso el tiempo con esta chica en clases y en casa —argumento.

—¿Esa chicas? —Se ríe—. ¿Enserio, Sasha? ¿Es eso lo que dice en tu certificado de nacimiento?

—¿Y qué dice del chico nuevo de Wisconsin? ¡Me junté con él durante un día completo la semana pasada!

—Sólo porque eres del comité de bienvenida y le muestras los alrededores de la escuela en su primer día.

—De acuerdo, entonces si estás hablando de amigos, ¿dónde está tu novia Tonia esta noche?

Se encoge de hombros y dice:

—Terminamos.

—¿Qué? —digo, animándome un poco—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

Él ladea la cabeza y me mira divertido.

—¿Qué? ¿No has oído?

—¿Oír qué?

—¿Leído en el periódico o algo?

—¿Leer sobre qué? —pregunto.

—Me estás tomando el pelo. —Frunce el ceño.

—Dart, he estado trabajando sin parar desde que las vacaciones de Navidad han comenzado la semana pasada. Esta es una temporada usualmente ocupada, y hasta que mi mamá salga de rehabilitación para volver a la casa, yo tengo que pagar todas las cuentas sola, así que...

Hago una pausa, sin poder creer todo lo que he dejado salir de mi boca.

Él alza la mirada, al menos, más allá de la máquina de palomitas y bebidas, y dice:

—Lo siento, Sasha. No lo sabía.

—¿Por qué lo harías? —Sueno un poco pesada, sin pretenderlo. Él se estremece, un poco, pero no demasiado—. Quiero decir, no puedo creer que haya dicho todo eso en voz alta ahora mismo. A... ti... de todas las personas.

Él espera mientras le cuento toda la sórdida historia; al menos, la versión editada.

Cuando he terminado, él dice:

—No sabía que todo eso estaba pasando en tu casa, Sasha. Siempre luces tan compuesta.



—Sí, bueno, las apariencias engañan. ¿Pensarías que trabajaría en este horrible lugar si no tuviera cómo pagar la maldita casa en Snowflake?

Él se estremece, supongo que porque estoy un poco alterada de repente.

—Lo siento —pido—, no sé nada sobre tu noticia.

—Bueno, eres la única persona que no lo ha oído, así que supongo que aún es noticia.

—¿Qué noticias, Dart?

Parpadea, mira hacia abajo y luego hacia arriba, y dice:

—Tuvimos práctica, ya sabes... ¿descanso de primera semana de vacaciones de Navidad? El entrenador estaba castigándonos por perder el último mes, de todos modos, supongo que son más vacaciones que el conserje limpiando en el colegio. Bueno, cuando llegué a la práctica, el entrenador estaba esperándome fuera; ¡el entrenador y una pareja de polis!

—¿Qué?

—Sí, supongo que el guardia encontró media bolsa de droga en mis pantalones de gimnasia, llamó a los policías, luego llamaron al entrenador. Él estaba furioso.

—¿Te arrestaron?

—No puedo creer que no vieras la foto policial, Sasha; ¡estaba en la portada de la página de deportes! Quiero decir, no es por presumir ni nada. Demonios, sí, me arrestaron, le costé a papá como tres grandes solo por la fianza, encima el perdió su trabajo después de Halloween y no han pagado cosas de la casa desde el día de Acción de Gracias. ¡Me estoy volviendo loco!

—Entonces, ¿qué va a pasar?

—No mucho —dice, su voz llena de ironía—. Sólo tengo que hacer más o menos seis mil horas de trabajo comunitario y estoy en libertad condicional por, más o menos, siempre. No puedo no puedo socializar, incluso con cualquier persona del equipo de natación. Cuando Tonia se enteró, me dejó. Dijo que no podía arruinar sus oportunidades en el Estado.

—Aush —le digo.

—Sí, aush está bien. Hemos salido por tres años y la primera vez que no soy Sr. América al 100% ella se va. Ya está saliendo con Brash Masters.

—¿Brash? —digo rodando los ojos—. ¿No tiene él un IG como de 38 o algo?

—Sí, bueno, es bueno en todos los cuatro deportes y contando, así que... como que lo califican con una curva, si entiendes lo que quiero decir. Tonia lo llama “un activo” para su “perfecto estilo de vida universitario”, lo que sea que eso signifique.

—Frío —digo notando repentinamente que había estado bebiendo de su refresco y comiendo sus palomitas de maíz por los últimos diez minutos—. ¡Oh. Mi. Dios!

Jadeo y rápidamente le llenó otro tarro para él más un nuevo refresco.

—Dart, no tenía idea, perdón. Entonces, ¿qué, pensaste que una noche de películas aclararía tu cabeza?

Sus ojos se agrandan, sus mejillas se sonrojan.

—¿Aclarar mi cabeza? Mi papá me echó esta noche. Justo después de que mis abuelos se fueron, me llevó al garaje. Había empacado mis cosas y me dio unos cuantos billetes de veinte. Dijo que me había pedido una

habitación en el Chalé de Snowflake hasta Año Nuevo. Quiere que me aclare la cabeza y que piense dónde quiero vivir cuando empiece de nuevo.

—¿Porque te atraparon con marihuana? —pregunto.

—Es más que algo para los periódicos. Esa ficha policial realmente lo molestó. Está en estado realista, sabes, necesita mantener su imagen. Creo que solo está apartándose de mí, ¿sabes?

—No realmente —murmuro. (Quiero decir, cómo te “distancias de tu propio hijo”, ¿tengo razón?)—. No.

—Sí, yo tampoco.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? Quiero decir, en cuanto no puedas quedarte en el hotel.

—Sasha, no tengo idea. No puedo vivir con ninguno de los chicos del equipo, Tonia me ha dejado, no tengo más familia en Snowflake, quiero decir...

Su voz se apaga, su zapato resuena en el suelo del vestíbulo.

—A mi mamá aún le quedan setenta y seis días en rehabilitación —digo—. Eso es, si se apega al tiempo. Su habitación está libre o el sofá o lo que sea...

—No puedo, Sasha —dice con su rostro completamente rojo—. En serio, eso es... pasarse de la línea. Quiero decir, difícilmente me conoces.

¿Conocerte? Quiero decir, pero no; por obvias razones. Te he estado acosando silenciosamente desde que te transferiste a mitad del primer año, ¡tonto! ¡Sé todo sobre ti! ¡¡Excepto, ya sabes, el hecho de que eres un completo mariguanero!!

—No me estoy declarando —bufo golpeándolo juguetonamente en el brazo—. No te lo creas.

—No me refiero a es —dice, aunque está tan desesperado que sé su respuesta antes de que la diga.

—¿A dónde irás, Dart? Es un lugar grande; más grande de lo que parece desde fuera. Lo mantengo limpio. Puedes... puedes... conseguir un trabajo aquí, ayudar a pagar algunas facturas.

—¿Sí? —pregunta, que su cabeza no esté girando en una buena señal de que no molesta la idea por completo; por ninguna idea.

—El Sr. Kerns me hizo asistente de gerencia la semana pasada y no ha contratado a mi reemplazo, así que... puede hacerte ver bien.

—¿Harías... eso por mí?

—Sí, Dart; lo haría.

—Pero... nunca nos hemos dirigido diez palabras en la escuela.

—¿Sí?

—Así, quiero decir, ¿no me odias?

—Uh, no. Puede que piense que tienes un terrible gusto en chicas y realmente malas técnicas para ocultar drogas, pero, además de eso, de hecho pienso que eres algo genial.

—Yo también —suelta.

—Sí, la mayoría de los deportistas piensan que son geniales.

—No, me refiero a... pienso que también eres genial.

—Sí, bueno, palomitas gratis y una cama caliente hacen eso en un chico. —Se sonroja de nuevo y mira hacia su sala.

—Hey, ¿quieres... ver una película conmigo?

—No puedo —digo, demasiado rápido, solo para ocultar el hecho de que he estado esperando que me lo pida por los últimos quince

minutos—. Tengo que empacar las palomitas, limpiar la máquina de los refrescos, sacudir las alfombras...

—Puedo ayudarte con eso —ofrece sonriendo por primera vez en toda la noche—. Después de que la película termine. Vamos, Sasha. No quiero ver una película solo y... y... es Navidad.

—¿Pero qué si alguien más aparece? —pregunto lamentablemente mirando hacia el estacionamiento vacío.

—Dame tus llaves —dice.

Lo hago sin dudar. Se dirige hacia la puerta principal en sus largas y atléticas piernas, encuentra la llave correcta después de ocho intentos, asegura la puerta con finalidad e incluso gira el letrero de “Abierto” para que diga “Cerrado” en la boletería.

—Ahí —dice devolviéndome las llaves—. ¡Ahora ya no tienes más excusas! —Tiene razón, no las tengo.

Lo sigo, nuestros brazos llenos de dulces para la película. La sala es grande y está vacía y espero a ver dónde se sentará; el centro, la última fila... ¡mi tipo de observador de película de miedo!

La película está por empezar, pero él se atrasa en su camino. Me deja sentarme primero, y espero que haga todo eso de dejar un espacio entre nosotros como todos los otros chicos con los que he salido, ¡pero se deja caer junto a mí e incluso me ofrece su caja extra de dulces! Espera hasta que estemos acomodados para preguntar:

—¿Realmente hablas en serio sobre... el sofá?

Prácticamente me ahogo con las palomitas de maíz y digo:

—¿Realmente hablas en serio sobre ayudarme a limpiar la máquina de palomitas?

—Sí.



—Entonces... sí.

—No sé qué decir, Sasha.

—Qué tal no decir nada —bromeo—. Ya sabes, este es un cine.

—Pero ya no quiero ver la película —dice

—¿En serio? —pregunto

—Sí —dice girándose hacia mí.

—Entonces... ¿qué quieres hacer?

—Bueno, solo... si saltamos a lo de la limpieza, quizás pueda pasar por el Chale de Snowflake y recuperar mi depósito, ya que realmente nunca me quedé ahí, y puedo darte el dinero de la renta y...

Resultado; finalmente logro llevar a un chico a mi casa y resulta ser un mojigato más grande que... que... ¡¡Santa Claus!!



Historia 4

El fantasma en el asiento de al lado

Traducido por Leeconemi & Connie.J

Corregido por Connie.J

—Yo sabía que no debía haber aceptado esto. —Chester sonríe con su fangosa expresión y saca una foto con flash justo en mis ojos.

—No te preocupes —grazna él mientras yo me quedo ahí, parpadeando en la oscuridad detrás del mostrador de los caramelos.

—Y no sacarás fotos con flash fuera de aquí —siseo, tirando justo a tiempo del umbral de las puertas dobles—. Se supone que el lugar está vacío hasta que la situación mejore. Podría ser despedida solo por traerte aquí, por no hablar que te dejé entrar aquí.

—¿Yo? —Gira los ojos, tomando una porción de palomitas de la gran máquina—. ¿Qué hay ahora sobre sentarse en la fila 6 del teatro? ¿Haley? ¿Te olvidaste de él?

—No, no me olvidé de él. ¿Tú olvidaste los cincuenta dólares que te dije que me dieras y te permitía escuchar allá dentro? —Se estremece como si tal vez él lo hubiera hecho. Yo debería saber bien antes de confiar que un niño blanco me pagara.

—No —miento, buscando en su bolsillo de atrás. Tira afuera una billetera con abrojo (por supuesto) y saca un billete de veinte dólares.

—Hey —protesto cuando me lo da.

—Tendrás el resto cuando haga mi historia —dice con la boca llena de palomitas de maíz color amarillo neón.

Me quejo y me uno a él con un bocadillo de media noche, sirviendo soda y abriendo una bolsa de pastillas de licor para compartir. Chester los agarra ruidosamente, como todo lo que hace. Viste jeans apretados y una camiseta blanca con cuello debajo de un irónico, hipster y pasado de moda suéter navideño que inmediatamente quiero usar para asfixiarlo hasta que su rostro tome el color de la nariz de Rodolfo.

Toma un trago de soda y dice:

—Entonces... ¿cuál es esa historia de un payaso?

—Él no es un payaso Chester. Él... solía ser mi maestro, en 4 grado. Era un tipo dulce. Tranquilo y divertido, siempre nos jugaba bromas en el almuerzo si nos olvidábamos algo, y antes de Navidad me dio un libro de Ajudy Blume. Todavía lo tengo...

Chester me interrumpe jugando con las manos con una grabadora digital y una pastilla de licor y con la boca llena de palomitas amarillas.

—Ve al punto, ¿quieres?

Giro los ojos pero él tiene un punto, porque tan pronto como oiga el resto de la historia, se colará en el teatro seis y me dará el resto de mi dinero. Los regalos de navidad no se comprarán solos, ¿sabes?

—Bueno, esas mismas vacaciones de Navidad, ¿en las que me dio el libro? Él y su esposa vinieron aquí, al cine Nowflake, a ver una película en Navidad.

—Aburrido.

—¡Cállate Chester! Creo que es romántico.

—¿Romántico? ¿Qué clase de chico lleva a su esposa en noche de Navidad al cine?

—Un hombre romántico que quiere darle a su esposa un recreo de la cocina navideña para su familia, creo. Pero luego de eso. El punto está,

creo que fueron en distintos autos a ver la película y ella se fue antes. En el camino a casa, ella tuvo un accidente automovilístico y... —No puedo terminar. Él asiente, hace silencio por primera vez en toda la noche, mirando a un punto justo encima de mi cabeza. Aclaro mi garganta y sigo—. Bueno, todos los años, él viene aquí en Navidad. Se sienta en el mismo asiento del teatro que esa noche, en la misma fila y mira lo que sea que se muestre esa noche, toda la noche. Antes de que cerremos, él suele irse.

—¿Pero no este año? —pregunta curioso.

Me encojo de hombros.

—Este año yo soy ayudante de asientos, y le dije al señor Fletcher que podía sentarse en el asiento 6 cuando terminara de limpiar.

—Bien... —Él sonríe, terminando su soda y tomando la última pastilla de licor. Luego frunce el ceño, buscando un par de gafas de diseñador de dentro de su mochila.

—¿Te recordaba?

Pongo mi mano en mi estómago.

—¿De verdad Chester? ¿Cuántas niñas negras crees que había en una escuela elemental llamada NowFlakes?

Sonríe. Los dos sabemos que la ciudad es tan blanca como su nombre.

—Bueno, tienes razón. Entonces... ¿él está aquí ahora? ¿Y tú estás segura que no quiere verme?

Asiento con la cabeza y voy hacia la habitación de almacenaje en busca del uniforme de repuesto.

—Emmm, él puede verte, pero si te pones esto... puedo decir que estás trabajando conmigo



—Astuto —dice él, sacándose hacia atrás la gorra y quitándose la remera.

—Espera —digo, girándome—. Nadie quiere ver esto...

Y es verdad. No es que Chester no fuera lindo. Él lo es, pero... es justo como si hubiera algo en él. Como la noche anterior. Escúchame a mí, contando una historia dulce acerca de mi antiguo profesor, el señor Fletcher, pero Chester no oía eso. Él escribe en su columna "*Acontecimientos embrujados*" para el periódico escolar y probablemente estuviera ahí para eso. Yo no pensaría que un periódico escolar necesitara algo como eso, una columna de lugares embrujados, pero mirando bien, NowFlake, Carolina del Sur era la sexta ciudad más embrujada del Estado, bueno... Chester tenía razón. Pero él era muy cutre sobre eso. Siempre iba alrededor de las casas embrujadas y demostrando que son solo viejas tablas que crujen o hilo de pesca, u hojas o algo así. Ese tipo de chistes ingeniosos, entonces, tiraba abajo historias acerca del pueblo que decía vivir en casas embrujadas, y luego lo escribía en el periódico escolar. (¡Suertudos!)

Nunca lo había visto cerca de aquí, o había hecho negocios con él, hasta cerca de las últimas Navidades. Y mi hermana realmente, realmente esperaba un I Pod nano y no tenía manera de pagarlo sin el sangriento dinero de Chester.

—Okey —dijo él, riendo, y no puedo pensar en nada mejor que creerle pero no, cuando me giro porque él dijo estar tapado, definitivamente, ¡no lo está!

—Deberías tapar eso, señor —digo, tapando mis ojos con una mano y tomando su muñeca (dime que era su muñeca) con la otra—. ¡Andar por ahí sin ropa interior en Noche Buena de entre todas las noches!

Finalmente Chester se pone sus pantalones de polyester negros del uniforme y los abotona en su estómago. Toma su cámara en la muñeca,

prende la grabadora y la pone en el bolsillo de su sudadera blanca y las gafas en su cuello.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Cosas especiales —dice y sonríe tan grande que puedo ver un pedazo de palomita en su diente—. Se supone que vamos a ver fantasmas aquí.

—¿Lo suponemos? —pregunto dubitativa, tomando una escoba de un bastidor detrás de él.

Se encoje de hombros, me sigue afuera del bar de golosinas y doblamos a la derecha hacia la larga fila de teatros.

—Bien, nunca vi un fantasma antes, pero no sé si ellos trabajan. Pero es muy caro, así que deben trabajar, ¿está bien?

No puedo decirle si me está preguntando o simplemente haciendo una pregunta retórica, pero no puedo responderle.

—Aquí —susurro, poniendo una mano en mi boca—. Aquí dentro.

Entramos en la angosta sala de proyección, donde la película de esta noche, *Santa and his Vampires levees* se está reproduciendo a máximo volumen.

—¿Podemos bajar?

—No sin que él lo note —bufo—. Además, esto no es un crucero de diversión... puedes ir y salir antes de que él...

—Hay demasiada luz aquí —dice, poniéndose las gafas y mirando alrededor. Él se ve como salido de una película de ciencia ficción. *Santa and hight hunters* o algo así.

—Bien, perdóname, pero...

—¿No es eso una entrada trasera? —Su voz es suave y se saca las gafas de los ojos parpadeantes y los frota con sus largos dedos de chico blanco.

—La película se ve mal con mis anteojos.

Suspiro y lo saco de la cabina.

—Honestamente, Chester, si arruinas la noche señor Fletcher.

Salimos de la cabina, tan cerca que podríamos besarnos si quisiéramos.

—¿Arruinar qué? —Y no sé que es peor en ese momento: su voz o su cara

—¿Un chico con palomitas en sus dientes diciéndole que los fantasmas están en su imaginación?

Él se va y lo agarro de nuevo. Con dificultad.

—Realmente no crees eso, ¿o sí? —Él forcejea con su brazo pero mi agarre es fuerte. Oye, no era la capitana del equipo femenino de volley por nada.

—¿Creer qué? —pregunta él cuando ve que no va a irse a ningún lado.

—En fantasmas, ¿ni un poquito?

—Por el infierno, no —escupe—. ¡Y la gente que lo hace es idiota!

Meneo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué corres alrededor de ellos?

—Por diversión —resopla, esquivando mi mirada—. ¿Por qué más?

Finalmente lo suelto, pero no sabe dónde es la entrada secreta del teatro 6. Se queda ahí, jadeando sus mejillas rosadas, esperando que lo guíe. No puedo dejarlo espiar al señor Fletcher así.

Mi hermana entenderá, acerca del iPod. Ella esperará hasta el último día de Navidad. Pero estoy en él, ahora, y esto es acerca de mi parte del dinero... una parte de mí en realidad quiere ir ahí dentro y hablar con el

señor Flecther, hablar con mi viejo maestro y tener una navidad soñada. Un fantasma y su mujer, juntos, en la noche más dulce del año.

En ese momento, una canción de navidad sale de los parlantes, y los dos miramos arriba, como si recordáramos que noche es, por qué estamos aquí, en el peor de los lugares, en la mejor de las noches. “Solo trabajadores”

—Vamos —digo, guiándolo por una puerta marcada con un cartel de “Solo trabajadores”.

Detrás de ella hay algunas escaleras, que llevan a una entrada trasera en cada una de las cuatro salas de esta ala. Esta quiero aquí, nada de música navideña o explosiones de la última película de astronautas. Encuentro la puerta con un cartel de seis y pongo mi mano en la cerradura.

Me giro hacia mi cliente, mirando sus grandes ojos verdes.

—Prométeme que no arruinarás esto, Chester. —Asiente, mirándome, como si no estuviera ahí. Uso mi mano libre para agarrar su mandíbula, mis manos negras en su pálida y tersa piel, y su atención viene a mí—. Escúchame, Chester. Solo ayúdame a no arruinar su noche, si lo haces...

—Lo tengo —interrumpe, poniéndose las gafas, tomando la cámara—. Lo tengo, solo... hagamos esto. Tengo una familia esperándome en casa, ¿sabes?

¿QUÉ? ¿Y YO NO? Pero tiene razón, antes es mejor. Abro la puerta y él se mete en un pequeño vestíbulo. Está oscuro y la luz no hace enojar a los clientes, separados por dos cortinas de polyester y los asientos que están justo después. Esperamos un minuto mientras nuestros ojos se acostumbran a la luz. Él luce como un gran idiota con sus “gafas espectrales” o como se llamen, y yo suelto una risa disimulada. El sonido

de la película asalta mis oídos, mueve un poco las cortinas y veo a mi viejo maestro hablando con alguien.

Está vuelto a su lado y sonrío mientras susurra algo. Lo miro, un escalofrío suave por mi espalda. En ese momento, Chester está atrás mío, tapado con la cortina, teniendo sus gafas prendidas e intentando tener su cámara digital en la mano correcta para sacar una foto correcta para su artículo, pero para mí... es paralizante.

—... Ella creyó que era un pudín... —dice el señor Fletcher, ocho o nueve filas lejos, su voz es tan alegre y luminosa, no puedo decir el hilo del chiste que está contando, o quizás es una historia y él está feliz de contarla. Luego de una pausa, él espera a la otra persona para que hable. Y mira a su lado, a su derecha, frente a la pared, y luego ríe. Es un sonido extraño viniendo de él. Los dos años anteriores que trabajé en Navidad, vendiéndole las entradas, él estaba triste, desde que me preguntó: ¿Cincuenta o sesenta pavos? Perdió un montón de cabello, además, se volvió del color de las medusas en la orilla. Todos los años me mira, reconociéndome.

—Hola Haley —diría, poniendo un billete de veinte en la mano, y se sentaría buscando uno de esos envoltorios blancos que nadie usa.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad para usted —diría yo, y no sabría porqué el está comprando un ticket en el teatro a la hora del final de la película, hablando con el fantasma de su esposa muerta. Y le daría un ticket y él cambiaría y se iría al teatro, sin caramelos, ni bocadillos o palomitas, nada pero un año de historias para contar a un... fantasma. Pero ahora, él sonrío y cotillea... y es... una persona distinta.

—Lo sé, lo sé... —dice, tan familiarmente como si hablara con otras personas aquí—. Y luego ella... —Y se detiene—. ¿Qué? ¿Dónde? —Y gira hacia nosotros, como si nos esperara ahí.

Siento una sacudida y Chester me empuja lejos del camino. Mis rodillas fallan y me agarro de una silla para no caerme, luego veo el piso del teatro.

—¡Ja! —escucho al lado mío mientras Chester corre por las escaleras, agitando su cámara con una luz molesta—. ¡Nada! ¡Lo sabía! ¡Un fraude! ¡Debes sentirte avergonzada!

Me paro y camino un par de pasos, para encontrarme con la mirada de mi maestro en el asiento de su derecha —el vacío asiento de su derecha— y al estúpido Chester, su cámara digital y ganas de molestarme.

—¿Haley? —pregunta. Su voz es tan baja que vuelvo a caerme—. ¿Cómo pudiste hacer esto? ¿Por qué lo hiciste?

Él vuelve afuera, me agarra y llevo su cámara, mecánicamente por las escaleras y salimos de la sala sin romper su cuello. Lo llamo, caminando por las escaleras, pero Chester me mira.

—Mira —dice, dándome sus gafas—. Mira que no hay nada, Haley. ¡No hay nada ahí!

Me las pongo, con las manos temblando de emoción, y el corazón haciendo sonidos fuertes. Las gafas son incómodas y pesadas y se caen de mi cabeza, pero vuelvo a ponérmelas y me siento en el siguiente asiento de empleados al lado de mi maestro.

Chester tiene razón, nada, nadie.

Me siento... decepcionada, me giro para devolverle todo, pero Chester está arriba de las escaleras, saliendo por la puerta trasera. Dejo las gafas caer en mi cuello y lo sigo, con mis ojos intentando ver en la oscuridad. Un duende tira un bastón en la pantalla, sobre mí, como un árbol de plástico comprando en un kiosco que hace ruido pero sale sesenta pavos, como los que paga el señor Fletcher para salir ahora rápidamente en pantalones ajustados corriendo hacia su auto, el único en

la izquierda del edificio, cerrando la puerta mientras Chester se detiene, a cuatro o cinco metros de distancia, se agacha y agarra sus rodillas para recuperar el aliento.

Me río sola en el lobby, hasta que mi estómago suele, entonces oigo mis llaves de empleada en el bolsillo.

—Sí—digo sola, y cierro la puerta para que ese mequetrefe no pueda volver a entrar. Mientras oigo la cerradura girar, Chester vuelve y corre hacia el teatro.

—Hey —me llama, el sonido se deforma un poco en la habitación de espejos. Tiene los brazos colgando de una buena manera, las mejillas rojas.

—Hey, hey, hey, ¿qué haces?

Él revisa la puerta. Yo con cara de desconcierto, pongo las llaves frente a su cara.

—Te dije que no molestaras a ese hombre —le digo, tomando dos pasos de distancia de la puerta—. Te advertí.

—Dame mis veinte dólares de nuevo —dice, haciendo una cara entre asustada y triste—. Dámelos o diré a todos en la escuela que fue tu idea.

Me encojo de hombros.

—Lo harás de todos modos.

Él asiente, mirando alrededor. Veo las luces de la cabina de seguridad a la distancia, con un libro y granos de café, él lo ve, también y se ve desesperado.

—Dame las gafas al menos, son caras.

—Te las daré en la escuela junto a tu estúpido dinero. Ahora vete ahora si no quieres que llame a seguridad.

Sus fosas nasales se abren y el vapor de su respiración golpea el vidrio.

—Apestras. ¿Lo sabes? —dice, sacando su vapor de blanco y camina hacia el aparcamiento—. ¡Apestras! —dice por sobre su hombro y mira hacia donde el auto de mi profesor estaba. Toma su estúpida scooter del lugar de las bicicletas y se va primero, luego con el sonido de los motoqueros. Literalmente, respiro de nuevo, lejos de sus juegos.

Yo, literalmente, doy un suspiro de alivio cuando se ha ido, me apoyo un poco en el juego “Ciempiés en la selva” en el vestíbulo principal.

—Jesús —digo para mí misma—. Jesús.

Luego las estrellas del cartel de palomitas vuelan. Todas se van de su lugar.

—Jesús —grito, corriendo hacia el puesto de comida como si el vampiro duende hubiera encontrado una bolsa de basura llena de palomitas que se suponía que iba a tirar—. ¡Jesús!

Hay moscas en todos lados arriba y abajo, y cuando finalmente puedo ver lo que ocurre, un enjambre de ellas viene hacia mí.

—¡Ohhh... moscas no! —Muevo las manos y aterrizo en una bolsa de crujientes de grano—. ¡Infierno! —Todas se fueron luego de un momento, mis zapatos negros crujieron debajo de mí. Vagamente, desde arriba se oía suavemente “*Jingle bells*” y voces suaves.

Crují suavemente por el suelo, acercándome al puesto de comida con mi corazón martilleando en el pecho y los puños cerrados a mis costados.

—¿H-hola? —pregunto, estúpidamente, como si fuera una niña estúpida en una película de terror en la que toda la audiencia supiera que ella moriría en unos minutos—. ¿H-hay alguien aquí?

Solo la música respondió, pequeñas campanas sonando y me volteo para ver un árbol de plástico navideño en el lobby caído, los adornos evidentemente se habían caído y ruedan por el piso.

Me deja sin aliento, me caigo de nuevo en la barra de caramelos, apoyo la cabeza sobre la puerta manchada con caramelos, los paquetes dorados vuelan hacia mí, cintas rojas y verdes se ven en el aire.

—P-para —grito, mis manos están flojas como si fuera una muñeca, inofensiva, solo mi corazón se mueve, latiendo con fuerza—. ¡Para!

Salto afuera y al costado de la barra, los anteojos de Chester suben un poco, y veo un resplandor proveniente del pasillo. Parpadeo para ajustarme a él, y escaneo el vestíbulo, veo el árbol, las decoraciones, y luego el espectro de una mujer.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —Giro, mi espalda está contra el centro de comida, el suave sonido de pies atrás mío, atrás del lobby.

—Debes estar asustada —dice una voz espectral y fría—. Debes estar asustada.

Pongo mis rodillas en mi pera y mis brazos en mis piernas y me abrazo con fuerza, como si estando así el fantasma no me viera.

—Gira —dice, insistentemente—, gira hacia mí.

Su voz es insistente. Pero no poco amable.

—N-n-no —murmuro, luego hay silencio.

Jingle bells cambia a *White christmas* en los parlantes, y la voz, suavemente dice: —La favorita de Randy. —Me afloja los puños, para envolver mis brazos, me giro, arrodillada detrás de la seguridad relativa del puesto de caramelos. Allí, en el resplandor de las gafas Chester había una mujer. Ella parece... fantasmal. Oscilando entre aquí y allá, difuminada en los bordes, no muy negro y blanco pero no del todo en el color vivo, tampoco. Más que nada grises, pero una mujer. Más bien

joven ¿De unos veintitantos? Delgada, con el pelo que se movía sobre sus hombros alrededor de sus hombros.

—¿Quién ... quién eres? —pregunto, de alguna manera encontrando el valor para ponerme de pie. Sonríe con su gran boca negra y ancha.

—¿Por qué a su maestro, el señor Fletcher, Haley?

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre? —Mi voz es fría, demasiado fría, distante y hueca, suena exactamente como una niña asustada. El fantasma sabe exactamente quién soy; ella mete su pie justo en las palomitas, desabrochando el botón de su vestido blanco. O quizás de otro color pero se ve blanco por el brillo fantasmal.

—Randy hablaba de ti todo el tiempo cuando estaba viva —dice ella, flota hacia adelante hasta que hace una pausa, justo al otro lado del mostrador. Su cara está sonriente un minuto, luego frunce el ceño.

—Que es por qué estaba tan herido esta noche cuando lo traicionaste de esa manera.

—Pero... pero no lo hice —se me escapa, más erguida.

—Eso... ¡No era yo!

Otra sonrisa fantasmal. Su cara tan cercana parece impecable y sin revestimiento. Como una imagen sin marco.

—Tal vez no —dice ella.

Siento una masa de aire frío extendiéndose sobre mí. Lucho contra la tentación de temblar, sabiendo que esto está viniendo de ella. Es como cuando mi tía tiene mal aliento a veces y no quieres demostrárselo en su cara.

—Pero dejaste que Chester entrara, ¿no? —pregunta ella, ladeando la cabeza sólo un poco, de modo que su pelo negro fluye alrededor de su hombro de ese costado.

Ladeo mi cabeza. Ella me ha descubierto.

—Yo... lo siento. Fue una estupidez. —Entonces me detengo. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Hablando con una... fantasma? Pero ella está aquí, justo aquí, delante de mí. ¿Qué más podía hacer? ¿Ignorarla?—. ¿Qué...? ¿Qué puedo hacer? Quiero decir, ¿para compensar eso?

Ella sonríe, flotando en el puesto de comida rápida —no, quiero decir, el actual patio de comidas— hasta que estamos frente a frente. Puedo sentir que el frío se desvanece de ella, como si ella no está tan enojada.

O muerta.

—Me alegra que lo preguntes —dice ella, el aire frío pasando través de mi cara como un viento invernal—. Puedes llamar a tu amigo Chester, y que él traiga a mi marido de vuelta aquí.

—¿Qué, esta noche? —Estoy pensando en mi mamá y mi hermana, Y nuestro árbol de Navidad de vuelta a casa y los famosos granos de avena, bollos de jengibre y chocolate caliente mientras nosotras...

—Ahora —dice el fantasma—. Dile a Chester que lo estamos esperando, y si él no trae a mi esposo, iré a buscarlo y lanzaré más palomitas alrededor

Me medio reí, pensando en lo que un fantasma —un fantasma real— podía hacerle al punk de Chester.

—Pero él no cree en fantasmas —le recuerdo. Emily sonríe, avanza poco a poco lejos de mí, pies pálidos y fantasmales flotando justo por encima del suelo.

—Pienso que él nos creará —dice con una sonrisa cómplice.

—¿Nos? —preguntó, pero ella ignora, mirando más allá del sector de comidas hacia la fuente Sparkling justo más allá de las puertas de vidrio del teatro.

Se vuelve hacia mí, sonriendo.

—Es Navidad, después de todo, Haley. Un tiempo para reuniones...

Asiento con la cabeza, buscando a tientas mi teléfono celular. Golpeo el número de Chester en mi lista “más recientes” y le digo lo que me dijo Emily. —Ven rápido y trae al señor Fletcher o lo que sea. —Antes de que le cortara y pudiera decirme algo para culparme, Emily se acerca y susurra una fría palabra en el teléfono:

—Euclides. —Pero su voz ahora es diferente, ya no recordando felices fiestas con su marido o más felices. Puedo sentir el frío en mi mano, como el aliento derramando en el teléfono, un sonido fantasmal que calla a Chester completamente. Desde el teléfono, como si estuviera a miles de kilómetros y se hubiera metido en un ataúd demasiado pequeño, oigo la voz de Chester, muy pequeña, muy asustada, muy esperanzada cuando pregunta:

—¿Qué... qué acabas de decir? —Justo en ese momento Emily corta la llamada, una ráfaga de de frío haciendo que mis dedos tiemblen mientras ella da un paso atrás, sonriendo para sí misma. Puedo ver en esa sonrisa todo el amor que le da al señor Fletcher, y todo el amor que le dirigió ella a él. Puedo ver cómo uno podría enamorarse con una sonrisa así, amable y cálida, a pesar del frío que fluye fuera de su fantasmal vestido blanco mientras éste se agita alrededor de su pálido y delgado cuerpo.

Me dirijo a ella, entonces, las gafas me dan la sensación de hacer el ridículo pero estoy desesperada por verla mientras pueda, como claramente puedo. Me las enderezo, presionándolas a mi cara torpemente.

—¿Quién es Euclides?

En respuesta, Emily proyecta una sombra espectral de su mano y puntos en las puertas del teatro. Sigo su huesudo y blanco dedo para



encontrar otra mujer de pie, con las manos aferradas a su pecho. Ella es mayor, pero no por mucho. Ella podría tener unos treinta años tardíos o unos tempranos cuarenta años, usa un vestido blanco igual al de Emily, pero éste es más amplio, más maternal, como correspondiente a su edad. Los pulgares de Emily se cierran. El aire entre nosotras es tan frío como si alguien acabara de abrir los congeladores de la sala de abastecimiento.

—Ésa es la madre de Chester —dice ella, hombro con hombro conmigo mientras observamos al viejo fantasma esperando por su hijo.

Chester.

Su hijo.

—Eso explica muchas cosas —murmuro para mis adentros. Emily de pie, a mi lado, por un momento, antes de ir hacia la máquina de caramelos y al otro lado. Ella fluye por el suelo, pequeños granos de palomitas yendo a la deriva mientras ella lleva una especie de humo a la entrada del teatro.

La sigo, recordando en el último momento que no puedo caminar a través del sector de comida y los muebles simplemente deslizándome en ellos. Mis pies crujen por las palomitas, pero ningún fantasma se da la vuelta para verme. En su lugar, se quedan mirando hacia la fuente, mirando fijamente al estacionamiento vacío mientras esperan por sus visitantes navideños.

Solo cuando estoy de nuevo al lado de Emily, veo el estacionamiento y me atrevo a preguntar:

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué aquí?

Ella no me mira mientras responde:

—Estoy fija en este lugar, hasta que él supere su duelo por mí. Andy sólo puede materializarse durante una noche del año cuando su dolor es más fuerte...

Asiento con la cabeza, y veo y espero.

—¿Y él nunca dejará el duelo?

Finalmente ella se vuelve, con una sonrisa irónica en su rostro pálido y fantasmal mientras, por una vez, su aliento se siente casi caliente contra mi piel.

—Por mi bien, Haley, espero que no sea así.



Historia 5

Una historia de Navidad en Snowflake

Traducido por Caro_02

Corregido por Connie.J

Él está usando una gorra de beisbol la primera noche que llega. Oh, y gafas de aviador espejadas.

Casi como si estuviera tratando de... disfrazarse... o algo.

No pienso mucho en eso al principio, porque... es el Books 'N Beans2.

No es exactamente el primer Saving & Loans3 de Snowflake, ¿sabes?

¿Qué va a robar?

¿Un par de marcadores de libros y un scone de pan de jengibre para llevar?

Además, va directo a la sección de jóvenes adultos donde no hay mucho para robar más allá de la última historia de triángulo amoroso de vampiros y, bueno, él no luce de ese tipo, si entiendes lo que digo.

Él es alto y delgado, y vagamente libresco, aunque no demasiado.

Siento músculos bajo las mangas de su sudadera y hay amplios hombros que se las arreglan para hacer que su gorra de beisbol luzca deportiva más que, bueno, simplemente triste.

Trato de hacer una charla mientras él se dirige directamente de nuevo hacia la puerta delantera, a menos de 90 segundos de haber entrado.



—¡Feliz Navidad! —digo alegremente cabeceando con mi alegre gorro de elfo en su dirección.

—Oh... uhm... Gracias —tartamudea, tocando con sus dedos la gorra de beisbol como si fuera a quitársela y a desearme una noche apropiada en respuesta, pero entonces quizás recordando que se suponía que estaba de incógnito, en su lugar, sólo cepilla con las yemas de sus dedos el largo de ella—. Uhm... ¡Tú también!

Y con eso está fuera, sonando los cascabeles encima de la puerta sobre su cabeza, y dejándome sola en el Books 'N Beans.

Es casi como si él nunca hubiera siquiera venido.

Me encojo de hombros, y vuelvo a formatear el volante del Firmado de Libros anual de Cookies 'N Christmas Eve y me olvido por completo de él.

Hasta que él vuelve a la noche siguiente, quiero decir.

Esta vez está usando un sombrero de Santa y lentes de sol, los cuales chocan con sus caquis y sus botas militares, su suéter de pescador y el estrecho cinturón trenzado alrededor de su cintura angosta.

—Wow. —Es todo lo que puedo decir cuando él entra despreocupadamente, 10 minutos antes de la hora de cierre; justo como la noche anterior—. Alguien ha hecho un giro completo de 180 grados en las festividades, ¿huh?

Él ladea su cabeza hacia mí, tentado a remover sus gafas de sol y demostrarme actitud, pero entonces él sólo... asiente... y se deja llevar de vuelta a la sección de JA5 con una pequeña sonrisa furtiva en su rostro.

Me da la espalda mientras yo limpio con un trapo la máquina de Cappuccino, dejando la máquina de Soda para el final porque como cualquiera que alguna vez haya limpiado la asquerosa, mugrienta y

grasosa de boquillas igualmente gresientas, puede decirte, es cinco sombras de asqueroso y dos grados de nauseabundo, con una pizca de fallo épico lanzada dentro sólo para una buena medida.

¿Por qué no dejar la mejor parte para el final, cierto?

La tienda está vacía, como es usual a esta hora de la noche, la ligera música jazz de Navidad rezumaba suavemente pero no lo suficientemente alto para ser molesta (ni siquiera para mí, quien ha estado escuchándola por las últimas seis noches consecutivas).

Estoy sintiéndome un poco juguetona e inquieta porque desde que he venido de mi primer año de universidad por el receso largo de Navidad, no he hecho nada aparte de escuchar a mi papá roncar en su sillón reclinable y mirar películas viejas en la TV blanco y negro en la sala de estar, la cual solía ser mi cuarto un año atrás.

Todos los amigos que pensé que iban a venir a casa a Snowflake para Navidad no lo hicieron, y los que aún están aquí están bastante resentidos conmigo por pelearme con ellos e irme lejos a la universidad en primer lugar, así que... bam, así como así, conoce a Camille Prudence, paria instantánea.

Y no es como si el pequeño Snowflake, Carolina del Sur, alguna vez tuviera alguna clase de gran ámbito social para empezar.

Asique si parezco un poco necesitada y potencialmente empalagosa alrededor del último cliente de la noche, ¿realmente puedes culparme tanto?

—¿Puedo ayudarlo a encontrar algo, señor? —le pregunto a su espalda mientras limpio mis manos en mi delantal de edición especial verde y rojo de Navidad de Books 'N Beans.

—¿Señor? —pregunta con un tono, justo como esperaba que hiciera—. ¿Cuán viejo crees que soy?

—No puedo decirlo con el nuevo atuendo festivo —digo sarcásticamente mientras se gira, aún escondiéndose detrás de sus oscuros lentes de sol y debajo de su gorro de Santa.

Avanza muy despacio de detrás de uno de nuestros dos estantes de libros de JA y se tambalea hacia adelante, mira alrededor para ver si quizás alguien más está mirando (¡¡Claro!!!) y... se quita las gafas.

Sus ojos son verdes, su rostro es joven; no mucho mayor que el mío, de hecho.

—Y el gorro —digo haciendo un gran gesto de deslizar mis dedos debajo de mi mentón y escrutarlo cuidadosamente.

Se quita el gorro también —eso sí, bajo coerción— para revelar un cabello ondulado y castaño y tupidas cejas negras, justo como me gustan.

—Lo siento. —Sonrío—. Ahora que tengo un mejor vistazo de ti, en vez de eso, quizás debería estar preguntando si eres lo suficientemente viejo para estar aquí.

Se ríe inciertamente y, para hacerlo quedar un rato más, señalo hacia la fila de jarras contenedoras de plástico, con lo último del café sin usar de esta noche encima del mostrador. (En caso de que se lo estén preguntando, y sé que lo están, los enfriamos en la larga fila de refrigeradores debajo del mostrador y los servimos como café helado al día siguiente).

—¿Puedo hacerte interesar en algunas bebidas festivas para calentarte? Tenemos el Especial Snowflake, la Mezcla de Mañana de Navidad, Molidos de Temporada... Nombré ese yo misma, asique soy un poco parcial sobre él...

—No quiero estar despierto toda la noche. —Frunce el ceño, alborotando su cabello después de haberlo tenido escondido debajo del gorro de Santa.

—Ahora estás sonando como mi abuelo.

Sonríe con suficiencia, pero es sólo eso, se estará yendo en cualquier minuto, a menos que...

—Son gratis —agrego.

Ladea su cabeza y dice:

—Está bien, bueno, los Molidos de Temporada suenan... interesantes.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—Un poco de ambos, si no te importa.

Preparo su café y lo deslizo en una de nuestras demasiado grandes tazas de Book's 'N Beans de marca registrada.

Mira alrededor una vez más, luego se sienta en el mostrador; su inútil disfraz abandonado por ahora en el asiento vacío junto a él.

Hay una bandeja de obsequios festivos sobrantes que usualmente envuelvo y vendo a la mitad de precio a la mañana siguiente; caliento un scone de canela y calabaza y lo deslizo hacia él.

—Cortesía del Chef —digo alegremente, sorbiendo lo último de mi soda dietética.

—¿Siempre eres tan generosa? —pregunta sobre el borde de su taza; las puntas de sus dedos están mordidas hasta la cutícula.

—¿Qué, nunca obtienes café gratis allá de donde vienes?

—¿En Manhattan? —Frunce el ceño—. De ninguna manera.

—Ooh, chico de gran ciudad. ¿Qué te trae a Snowflake?

Empieza a responder, entonces se compra a sí mismo un poco de tiempo mordiendo un pedazo de gran tamaño del scone.

—Mis amigos odian el invierno en la ciudad.

Asiento, tratando de descubrir cuánto de lo que está diciendo es la verdad y cuánto es PB6.

—¿Te gusta aquí? —pregunta cuando termina su scone.

—Es genial —digo efusivamente—. Crecí aquí, así que supongo que soy parcial pero ahora que he estado fuera por mí misma por un año, siempre es lindo regresar. Especialmente para Navidad.

—Entonces... ¿qué? ¿Estás en receso justo ahora?

—Voy a una escuela de recepcionistas allá en Orlando. Tres semestres más y me graduaré temprano.

—¿Y entonces qué? —pregunta, moviéndose en su asiento.

No puedo decir si está poniéndose cómodo o si le urge irse.

Me encojo de hombros.

—No estoy segura aún. Es sólo que, creciendo en una ciudad turística, siempre he trabajado en empleos de verano en hoteles, restaurantes... me gusta trabajar con personas.

—Puedo ver eso —Sonríe, y... ¿es eso? Creo que es... ¿sonrojo?

—¿Qué hay de ti? —pregunto, inclinándome hacia atrás contra el mostrador para oír la historia de su vida.

Al minuto que lo hago, literalmente, al minuto que mi parte trasera toca el mostrador del café lo escucho chirriar su taburete y está alcanzando su gorro de Santa y sus gafas de sol.

—M-m-m-mira la hora —tartamudea, apresurándose a la puerta—. Quizás te vea por ahí. ¡Gracias por el café!

—Y el scone... —Recuerdo la tienda vacía mientras sus amplios hombros se retiran en la noche, iluminados por las luces de navidad

parpadeando alrededor del letrero de Books 'N Beans al frente de nuestra tienda.

Cuando voy a limpiar el mostrador, veo un crujiente billete de cinco dólares arrugado debajo su vaso de café.

Estoy lista para él la noche siguiente: un vaso de café y un scone ya esperando en el mostrador.

Ha sido una noche ocupada, con la Navidad a unos pocos días de distancia, y yo vagamente noto mientras la hora de cierre viene y va y... ningún hombre misterioso.

Protesto y limpio, me enderezo y saco brillo, desempolvo y alineo, y... nada.

Incluso dejo abierto por una media hora extra, sólo en el remoto caso que mi hombre misterioso disfrazado esté llegando tarde, pero finalmente incluso yo tengo que admitir que permanecer abierto por mucho más parecería desesperado.

Ya saben, ¡incluso más desesperado que continuamente calentar su café y su scone entre mis tareas de cierre!

Finalmente cierro la puerta y atenúo las luces: apagando el letrero de “ABIERTO” y las parpadeantes luces de Navidad del frente.

Aún estoy inquieta, y mientras tiro su sobrecalentado scone y café frito, enjuagando el platillo, el vaso y el plato para mañana, la sección de jóvenes adultos comienza a llamarme.

Quiero decir, ¿por qué un hombre de mi edad viene usando un disfraz dos noches seguidas, se apresura directo a JA, husmea un poco y luego se dirige directo a la salida de nuevo?

Me quito mi delantal, tomo una última soda de la noche y vago por allí.

JA es una de nuestras secciones más populares en el Books 'N Beans; y yo debería saber.

Demonios, pasé la mayor parte de mis años de secundaria frecuentando estos mismos estantes, con un vaso gigante de café en mano, una tarde entera de domingo y un billete fresco de \$20, de esos de mi asignación semanal a mi disposición.

En ese entonces, por supuesto, la sección era sólo la mitad de lo larga que es hoy.

Ahora hay dos estanterías repletas de JA; vampiros, y zombis, y cambiantes de forma, y hadas, e historias de amor, y todo en medio.

Pero... ¿por qué mi hombre misterioso se correría hasta aquí todas las noches?

Miro los estantes, filas y filas de sofisticadas espinas púrpuras, rosas, negras, y rojas por tan lejos como los ojos pueden ver.

Entonces veo un recién llegado: un grueso libro llamado Mi muy peludo cuento de Navidad: Unas festividades de Hombre lobo.

Hago algo como una sonrisa de suficiencia y pienso para mí misma.

—Eso no luce como algo que yo buscaría por ahí.

De hecho, voy a deslizarlo en su lugar y ver algunos muy vendidos más prominentemente cuando una brillante copia de bolsillo cae al piso.

Lo recojo y la deslizo al revés, abriéndola de nuevo.

Pero entonces, mirando más de cerca, abro la contratapa.

Allí, dentro, ¡está mi hombre misterioso!

Está un poco mejor vestido en su foto de autor, usando gafas, y con su ondulado cabello castaño ligeramente más corto y menos ondulado, pero la misma sonrisa taimada está ahí, los mismos tímidos ojos verdes, con una casi temerosa perspectiva de la vida.

Leo el nombre bajo la foto: Jordan Fowler.

¡Qué perfecto nombre de autor!

Miro el libro con un nuevo par de ojos ahora.

La cubierta —presentando un cursi, peludo, y musculoso hombre lobo en una musculosa de Santa— repentinamente se ve menos cursi ahora.

Sostengo uno en mi mano y veo cuántos nos quedan; ouch, todos los 12.

Digo “todos” porque eso es lo que el dueño, Mort, insistió en comprar de ellos: lotes de 12.

Si venden todos los 12, genial; son un hit.

Si no, bueno, el resto se envían de vuelta; para nunca ser ordenados de nuevo.

Jordan debe haber estado viniendo todas las noches esta semana para ver si su libro se estaba vendiendo.

Sonrío con suficiencia, tomo dos copias más y las traigo conmigo a la caja registradora; ¡luego corro de vuelta y tomo tres más!

Los primeros tres los compro con mi propio dinero; aun cuando hay menos y menos de él con el que vivir estos días con la matrícula y los libros y papá fuera del trabajo pero... esas son cosas para preocuparse en Año Nuevo.

Además, harán un buen presente para las medias de Navidad.

Para quién, no estoy muy segura aún pero... al menos el dinero está yendo a una buena causa: ¡Jordan!

Los otros tres los deslizo en el pequeño recipiente de plástico junto a los marca libros y los bolígrafos de Harry Potter, al frente del mostrador; el pequeño recipiente de plástico señala: “¡Por nuestro autor local!”

Este reemplaza al desvanecido y sucio libro de jardinería de esa vieja tonta Harriet Collins, ¡que no ha vivido aquí en años!

Miro mi copia de Mi muy peludo cuento de Navidad y sonrío.

Calentando el scanner a la izquierda de la principal caja registradora, tomo otro sorbo de mi soda y me pongo a trabajar en actualizar el volante del Firmado de Libros anual de Cookies 'N Christmas Eve ¡Otra vez!!!

* * * * *

Estoy pendiente de Jordan cuando entra a la noche siguiente, la víspera de Nochebuena, pero sólo un poco, así puedo lucir ocupada cuando lo hace.

Incluso cuando los cascabeles sobre la puerta suenan, permanezco agachada detrás del mostrador de ventas, dándole tiempo suficiente para que se pavonee con sus largas y atléticas piernas a la sección de JA.

Miró hacia arriba justo a tiempo para ver su rostro radiante por encima de los estantes de JA donde seis copias de Mi muy peludo cuento de Navidad han repentinamente desaparecido.

Él prácticamente camina en forma casual de vuelta a la caja registradora, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué te tiene de tan buen humor? —pregunto, tentada a soltar su nombre aunque técnicamente no se supone que lo sepa aún.

—Es la Víspera de Nochebuena —dice, pero incluso mientras lo hace puedo ver sus ojos vagar a las tres copias de Mi muy peludo cuento de Navidad en el lugar de prominencia de “autor local”.

—Hey —dice orgullosamente—. Ese libro se ve bastante genial.

—Es gracioso que digas eso —anuncio—. He vendido como dos o tres copias hoy mismo. ¡Los niños de por aquí lo aman!

—En serio? —pregunta, con la boca repentinamente seca y los delgados labios y presionados en una tensa línea blanca.

—En serio. —Asiento, esperando que sus ojos se enfoquen en la última versión del volante que improvisé después del turno de la noche anterior.

Cuando no lo hace, lo tiento con otra ronda de noche tarde de café gratis y un pan de jengibre, y un scone de chocolate; esta vez, ni siquiera pretende dudar.

—¿Por qué piensas que un libro como ese se vendería tan bien repentinamente? —pregunta después de que nos sentamos, cara a cara, por unos pocos minutos.

Sonrío y confieso.

—No lo sé. Supongo que hombres lobo y Navidad sólo... van juntos.

Sonríe y luego frunce el ceño.

—¿Realmente crees eso? —pregunta, luego mira más de cerca la credencial con mi nombre prendida a mi cursidelantal de Books 'N Beans—. ¿Camille?

—Seguro —miento—. ¿Por qué no?

—Hey, ¿qué es esto? —pregunta, finalmente centrándose en la pila de volantes asentados convenientemente justo bajo su taza gratis de Molidos de Temporada.

—Oh —digo, como si fuera la cosa más alejada de mi mente. Quiero decir, prácticamente bostezo, ¡soy tan buena actriz! —. Eso es sólo algo que hacemos aquí cada Nochebuena. Un par de autores locales o autores que pasan Navidad en Snowflake cada año se reúnen en Nochebuena, se reparten galletas gratis y leen un capítulo de su libro.

—Pero esto dice que el tipo que escribió el libro del hombre lobo en Navidad, ¿va a venir? —dice inciertamente.

—Seguro —le miento, con los ojos bien abiertos con anticipación—. Y yo, por mí misma, ¡no puedo esperar! Hey, escucha... los asientos son limitados. ¿Quieres que te anote para un sitio así no tienes que pararte en el fondo con la escoria de la sociedad que sólo tropezaron fuera de la calle sin estar preparados para la genialidad que es Mi muy peludo cuento de Navidad?

Luce incómodo y dice, en cambio:

—No estoy seguro de que... este tipo Jordan Fowler... viva por aquí.

—Quizás no. —Suspiro, inclinándome más cerca hasta que puedo oler la azúcar y la crema en la piel de Jordan—. Pero sé de una buena fuente que pasa el invierno aquí.

Jordan sonríe con suficiencia, sentándose hacia atrás un poco.

—Sí, pero... ¿Qué si no aparece?

Me siento hacia atrás, ceñuda, cruzando mis brazos a través de la credencial con mi nombre y sacudo mi cabeza.

—No lo sé. Creo que, bueno... creo que probablemente perdería mi trabajo si no apareciera...

Reflexiona sobre ello y, cuando me giro para mi taza de café vacía en el fregadero, puedo oírlo plegar un volante y deslizarlo en su bolsillo mientras el agua del fregadero corre.

—Bueno —dice, deslizando allí su copa también—. Se está haciendo tarde. Buena suerte con la lectura mañana. Suena... divertido.

—¿No vas a venir? —pregunto, actuando la decepción y encontrándolo más fácil que nunca porque en realidad estoy, ya saben, decepcionada.

Se encoge de hombros y sale disparado hacia el frío evasivamente, dejándome mordiendo mi labio inferior mientras pido una orden apresurada de una pocas docenas más de copias de Mi muy peludo cuento de Navidad, para entregar en 24 horas.

* * * * *

Llegan justo después del mediodía al día siguiente; 36 hermosas, gruesas, maravillosas, y cursis copias del libro de Jordan, las cuales organizo en una pila encima de una mesa de exhibición cerca de la cafetera, donde tres —y esperanzadoramente cuatro— autores locales estarán leyendo sus libros en frente de una multitud encantada en menos de seis horas a partir de ahora.

Hasta entonces trabajo incansablemente para preparar potes extras de café festivo, hornear enormes montones de pan de jengibre y scones de chocolate, ¡y docenas y docenas de galletas azucaradas de canela!

La tienda huele a Navidad mientras el almuerzo pasa zumbando, a último minuto, compradores resoplan por mi ocupada línea de registro.

Cada vez que un niño, o una persona joven de corazón aparece, señalo a Mi muy peludo cuento de Navidad en el exhibidor del frente y digo:

—¿Ningún hombre lobo esta Navidad?

La mayoría arrugan la nariz y me ignoran, haciéndome entristecer por Jordan; unos pocos lo consideran pero, a último minuto, gentilmente sacuden su cabeza en su lugar.

El primer autor aparece alrededor de las cuatro, ¡sólo dos horas antes!

Su nombre es Franklin Whittaker y es un encantadoramente cursi pequeño elfo; ¡los 5 pies y 300 libras de él!

Está de vuelta con su perenne deleitador de público “*Una Noche Antes de Navidad en Snowflake*”, presentando todos los puntos calientes

de Snowflake en un clásico recuento del original *“La Noche Antes de Navidad”*.

—Hola, Camille —dice alegremente, vestido en pantalones de Santa satín rojo y ajustadas botas negras—. ¿Dónde debería sentarme?

—¿Sentarte? —bromeo, palmeándolo en el hombro firme y redondo—. Te necesito detrás del mostrador de café hasta que pueda mantener a esta multitud bajo control.

Arruga su nariz alegremente y sirve todos los cafés equivocados a todos los precios equivocados por la mayor parte de la hora siguiente; a nadie —ni siquiera a mí— parece importarle en lo más mínimo.

Carole Lombard, luciendo alegre en su vestido estampado con poinsetias y leyendo de su último romance de fiestas, Temporadas en Snowflakes, es al siguiente en aparecer; inmediatamente la pongo a trabajar alineando las sillas plegables de picnic en frente de la cafetería.

Lo hace tan alegremente y sólo cuando las multitudes de último minuto disminuyen y tengo un minuto para pensar para mí misma, me pregunto, ¿qué si mi pequeño sentimiento de culpa de anoche no funciona? ¿Qué si Jordan realmente no aparece?

Mientras las seis en punto se acercan y las mesas están en su sitio, con libros, y galletas, y marcadores de libros gratis, acebo y hierba, y pequeños árboles destellantes de Navidad, cortesía del autor número 3, Marilyn Hotchkiss, mi preocupación va a toda marcha.

Al faltar cinco minutos para las seis, los tres autores están sentados y ansiosamente anticipando su oportunidad de comenzar el procedimiento anual de Cookies ‘N Christmas Eve.

Una pequeña, pero animada multitud se ha reunido, mayormente familia y amigos de los autores, con unos pocos bienintencionados vagabundos fuera de las calles.

Agarraron vasos de papel llenos de espumosa y sabrosa cocoa y galletas azucaradas de canela; migajas ensucian el suelo a sus pies.

Yo mantengo mi cara de juego prendida, comenzando cada vez que los cascabeles sobre la puerta anuncian un invitado de último minuto.

Franklin Whittaker va primero, cortejando a la creciente multitud chasqueando sus tiradores y paseándose de un lado a otro frente a la audiencia, recitando su libro de memoria mientras comienza.

—Esa fue la Noche antes de Navidad, y en todo Snowflake, ni siquiera una criatura estaba moviéndose, ¡ni siquiera una culebra local!

El rugido de la multitud es pequeño pero entusiasta en aprobación cada vez que el animado anciano escupe un punto de referencia local, estallando en una ovación de pie mientras él sale, dejando el escenario, después de presentar a nuestra próxima lectora, Carole Lombard.

Carole es alta y escultural, con un imponente cabello rojo en un apretado y trenzado moño, y sus atrevidas curvas prácticamente se desparrraman por su vestido hecho en casa color poinsetia.

Ella lee entrecortadamente, manteniendo a la multitud fascinada mientras ella dramáticamente divulga un fragmento clasificación G de su último romance picante.

Trato de disfrutarlo —Carole es siempre un deporte verdadero y una verdadera complaciente del público— pero mis ojos están en la puerta de entrada esperando a que Jordan se tambalee adentro en cualquier minuto.

Finalmente Marilyn Hotchkiss se levanta para hablar. Un historiador local con una melena de amistoso cabello negro para emparejar, Marilyn lee tranquilamente de su último libro verídico de crímenes, El Fantasma de Snowflake.



Aunque lejos de la temporada, Marilyn tiene un feroz y leal séquito de historiadores locales, que mordisquean galletas y sorben cocoa estoicamente mientras el ciudadano más viejo con vida teje un hechizo con un cuento local sobre la biblioteca encantada.

Incluso los niños están cautivados; aquellos que aún están despiertos a esa hora, eso sí.

Marilyn llega a su fin con un BANG, y mientras la multitud se levanta y ruge en aprobación, oigo el débil tintinear de los cascabeles, sobre la cabeza.

Me giro, expectantemente, sólo para ver una madre agarrando a su pequeño hijo con una mirada decepcionada en su rostro.

—¿Estoy demasiado atrasado para la lectura? —pregunta, el rostro con mejillas rojas y regordetas de su hijo mirando hacia arriba expectante.

—Lo lamento... —digo, pero no llego a terminar.

Eso es porque justo entonces alguien desde atrás pone una mano en mi hombro y agrega:

—¡Por supuesto que no! Espero que esté de humor para... ¡hombres lobo!

La mamá mira incierta, pero realmente no lo veo.

Estoy demasiado ocupada girándome para encontrar a Jordan parado detrás de mí, resplandeciente en un par de pantalones de cordero y color chocolate y una firme camisa de vestir de cuello color trigo con una STRIPED corbata azul y amarilla.

—¿Cuándo llegaste aquí? —pregunto.

—Me colé mientras estabas escuchando a esa mujer leer su historia de fantasmas —confiesa, y estoy tan feliz que no puedo evitar inclinarme

en la punta de mis pies y plantar un gran, descuidado, y húmedo beso en su mejilla.

Se sonroja y yo me muevo lentamente hacia los otros tres autores, parándome enfrente de ellos para anunciar:

—Amigos, tenemos un regalo especial para ustedes esta noche. El autor local Jordan Fowler está aquí para leer de su nuevo libro, *Mi muy peludo cuento de Navidad: unas festividades de Hombre Lobo*.

Aplausos aislados, mezclados con un montón de murmulos inseguros se encontraron con este anuncio de último minuto.

Entonces le doy a Jordan un libro de la pila detrás de él y asiente, guiñándome con una chispa de “Hablaemos después” en sus ojos.

Lee nerviosamente, vacilantemente, pero los niños en la multitud lo aman, incluso los malhumorados adolescentes cuyos padres sabes que sólo los arrastraron por “un poco de cultura” en Nochebuena.

Me pregunto por qué ellos pegaron una portada tan cursi en un libro tan genial, y estoy complacida cuando, después que ha acabado, las pocas docenas de personas en concurrencia se apresuran a comprarlo.

Felizmente los marco, dándoles el 25% de descuento de noche de lectura, y estoy incluso más feliz cuando, al final, todos ellos salen a raudales de la tienda, dejándonos sólo a Jordan y a mí detrás.

—¿Cuánto tiempo lo has sabido? —pregunta, ayudando a plegar las sillas y a apilarlas cerca del salón de descanso de empleados en el fondo sin siquiera haberle pedido.

—Desde esa única noche en que no apareciste —confieso, empaquetando lo último de las galletas para él para que se las lleve a casa.

—Eres una verdadera embustera, ¿sabías eso? —Se ríe entre dientes, usando una aspiradora inalámbrica que le di para limpiar todas las

migas que los asientos ausentes dejaron atrás—. Poniéndome en esa situación. No tienes idea cuán duro es para mí levantarme en frente de las personas y leer de esa forma.

—¿En serio? —pregunto, inclinándome en la escoba mientras barro el piso de cerámico de la cafetería—. Podrías haberme engañado. Viniste como un verdadero natural.

—La suerte del principiante —murmura.

—¿Qué? ¿Estás tratando de decirme que esa fue tu primera lectura pública?

Deja la aspiradora a un lado y cuelga su cabeza.

—Lo creas o no, la mayoría de los niños no están tan interesados en las historias de hombres lobo en Navidad.

—Pero mira a los de aquí esta noche —digo—. ¡Ellos se lo devoraron!

—Sí, bien... nadie más lo hizo. El editor en serio tenía altas esperanzas pero, desde que salió justo después de Halloween, las ventas han estado flojas. ¿Por qué piensas que me uní a mis amigos y accedí a esconderme en Snowflake? No puedo mostrar mi rostro en Manhattan con ventas de libros como he estado teniendo.

Le sirvo una taza de café pero, en vez de deslizarla a través del mostrador, la traigo conmigo a un puñado de pequeñas, cómodas sillas de cuero en frente de una chimenea eléctrica en el acogedor rincón de lectura del Books 'N Beans.

Me sigue a regañadientes mientras digo:

—Bien, esto debería ayudar y hay más buenas noticias: Glenda del periódico local concurre, justo como todos los años. La primera cosa mañana será una gran, primera página propagada en el “Centinela de Snowflake”. Quizás puedas llevarle eso a tu editor y enseñarle que no eres una causa perdida.

—Eso es dulce, Camille, gracias; no solo por esto sino... por todo.

Él me mira entonces, como si fuera la primera vez.

Lo miro de vuelta, notando sus largas pestañas, sus mejillas ahuecadas, y su adorable nariz respingona.

Todo ha pasado tan rápido, tan dramáticamente, con el drama y la intriga y el misterio, que nunca he realmente tenido la oportunidad de sólo sentarme enfrente de él y... mirar.

—¿Cómo podré alguna vez agradecerte? —pregunta, ofreciéndome el resquicio que estaba buscando.

—Eso depende —respondo evasivamente—. ¿Cuánto más vas a estar por la ciudad?

—Hasta justo después de Año Nuevo —confiesa, con su boca volviéndose una sonrisa traviesa—. ¿Por qué?

—Sólo masticando algunos números. —Frunzo el ceño—. Eso te deja sólo una semana para compensármelo.

Él se ríe entre dientes, escabulléndose en su silla incluso más lejos; me emparejo con el escabulléndome otras dos pulgadas en mi asiento también, dejando caer despreocupadamente mi pie en la gruesa y sólida mesa de café entre nosotros.

—¿Cuándo empiezo? —pregunta, con una tupida ceja arqueada sobre un inquisitivo ojo verde, mientras desliza su pie y codea la parte inferior del mío con su la punta del pie.

—Acabas de hacerlo —digo, ansiando una larga noche junto al fuego con el más nuevo autor de Snowflake...



Créditos

Traductoras

PrisAlvS

Leeconemi

Caro_02

Connie.J

Isav

FerLG6

Corrección, recopilación y revisión.

Connie.J

Diseño

Gaz

*Traducido, corregido y
diseñado en:*



<http://goldbooks.foroactivo.com/forum>

